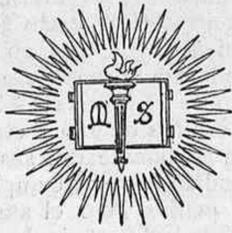


# Ilustración

# Artística



AÑO XVI

← BARCELONA 22 DE NOVIEMBRE DE 1897 →

Núm. 830



EL CÉFIRO Y LAS FLORES, composición de Francisco Miralles

(Salón Parés)

## SUMARIO

**Texto.**— *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *D. Francisco Silvela*, por Teodoro Baró. — *Cuadros populares. La boda del Sr. Martín* (conclusión), por Carlos Frontaura. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de edad.* — *Mi tío Juan*, novela (continuación). — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.**— *El céfiro y las flores*, composición de Francisco Miralles. — *D. Francisco Silvela*. — Dos dibujos de Huertas que ilustran el artículo titulado *Cuadros populares. Tejedoras del Albaicín. Sevilla. Fiesta en una venta*, cuadros de Ricardo Brugada. — *Santander. Puente de Ganzo. Paisaje montañoso. Una portalada*, dibujos originales de Mariano Pedrero. — *Los domingos en Madrid. En la Fuente de la Teja*, dibujo original de Méndez Bringa. — *La vela quitasol. Ellas*, dibujo original de Mauricio Greiffenhagen. — *Recuerdo de Madrid*, dibujo inédito del malogrado Perea.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Una ópera de Mancinelli. — *Hero y Leandro*. — Orígenes de esta leyenda. — Su conmemoración por el gran Virgilio en las *Geórgicas*. — Participación de Ovidio en la leyenda. — Nacimiento de los amores entre Leandro y Hero. — Repetición de las naticiones de Leandro por Lord Byron. — Muerte de Leandro y Hero. — Conclusión.

Hase inaugurado el teatro de la Ópera. Y tras esta inauguración se cantará una obra nueva del maestro Mancinelli, cuyos ensayos comienzan ya y que se titula *Hero y Leandro*. Tal novedad lírica despierta en mi ánimo el recuerdo literario de una leyenda muy antigua, titulada *Los amores de Hero y Leandro*, los cuales dieron inspiraciones sublimes á Ovidio en sus *Heroidas* y en sus *Geórgicas* á Virgilio. Así voy á evocar estos amores, porque al evocarlos refiero el argumento de la ópera tal y como se cantará uno de estos días en Madrid. Es interesantísima la leyenda y se holgarán mis lectores con ella.

El amor, tal como aquellos jóvenes lo sentían, aparece muchos siglos antes que lo describiera el dramático y poeta Abuseo. Entre los poemas naturalistas que nos ha legado el viejo mundo latino, como *La naturaleza de las cosas* y *La metamorfosis de los seres*, por Lucrecio y Ovidio, ninguno como las *Geórgicas*, de Virgilio. El perfecto músico y poeta de la creación y de los campos acierta por modo maravilloso á unir la realidad viviente con la poesía ideal. De la menta que puede crecer entre las piedras en los cercados, del espliego que aroma los riscos en el cerro, de la blanca leche que rebosa en los odres, de los aceites destilados por la oliva y de las mieles cortadas en la colmena extrae con arte divino ideas poéticas en canoros enjambres, sin que pierdan por eso tan reales y vivos objetos su realidad y su vida. El cántico tercero de las *Geórgicas* está consagrado al instinto que reproduce los seres. Ceñido el poeta con corona de oliva, desdeña los cantores guerreros y exhala como de pastoril zampoña idílicas armoniosas cadencias. Y estas cadencias se han impregnado en el calor vivaz, cuya virtud por primavera lo mismo puebla los nidos que los apriscos. Y al ver cómo la leona cruel, que parece para el odio engendrada por los dioses, ama, y la jabalina feroz, que destroza el monte y arremete al pastor, se ablanda y enternece al celo, el poeta siente las afinidades misteriosas que llaman unos seres á otros seres y entona un himno lleno de casta voluptuosidad á todos los amores. Y cantando la savia que se despierta en la yema, el aleteo de la mariposa tenue sobre los ramos aromáticos, la mirada profundísima de las lunas á los soles, la serenata del ruiseñor, el relincho de la yegua, el mugido de la vaca, el arrullo de la tórtola, recuerda que dos almas se han querido como si concentraran en su seno todos estos amores y han llevado tan encendida pasión hasta más allá de la muerte. Poco después de habernos presentado el jabalí de la Sabina, en cuyos durísimos huesos y en cuya piel impenetrable entra el amor como en los seres más tiernos, pinta en versos inmortales, de una perfección absoluta, modelos eternos del hermoso decir, aquel joven frigio abrasado hasta en sus tuétanos por el soplo ardoroso de un amor infinito, y que solo, abandonado á sí mismo, escondiendo su cariño en los senos del corazón y en los senos del mar, nada y nada por el Helesponto en obscura tormentosa noche, sin cuidarse del hervor de las olas que braman y palpitan bajo su cuerpo, ni del estruendo de los cielos que truenan por cien nubes relampagueantes sobre su cabeza, ni de sus padres, á quienes ha dejado, para buscar tan sólo, impelido por el amor y llamado por la muerte, aquella hermosísima virgen llamada Hero, con la cual no podrá dormir en paz, á causa del exceso de su temeridad y de su pasión, sino bajo el sueño de la eternidad y sobre la tierra del sepulcro.

Ovidio mismo, ese gran representante de los sen-

suales amores, por los que perdió su patria, Roma, y por los que juntó á un renombre ilustre una infamia eterna, parece como que se purifica cuando trata de esta triste historia y describe con su elocuencia natural estos dulces amores. Bien es verdad que pocos idilios tan melancólicos, tan elegiacos y tan bellos como este idilio marítimo. Abydos y Sestos, aunque se miran complacientes en las mismas aguas y viven felices bajo el mismo cielo, están separadas, por hallarse la una en Asia y la otra en Europa, compartiendo así los odios mutuos entre aquellas regiones y llevando el peso de las guerras históricas entre aquellas razas. Las familias de uno y otro pueblo no podían unirse tan fácilmente con sus sendas rivalidades, como lo podían entre sí, cumpliendo las leyes y las tradiciones patrias. Pero el amor no conoce la historia, no estima la diferencia de razas, no sabe cosa ninguna de los odios seculares que hayan podido dividir á dos familias en guerra; él salta los abismos, suprime las distancias, convierte un suspiro en el aire necesario al espíritu y de la mirada despedida por unos ojos enamorados hace un cielo eterno, en el cual no pueden reinar ni el triste olvido ni la implacable muerte. Celebrábanse las fiestas de Venus en los jardines de Sestos. La diosa resplandecía en su ara y los coros de sus sacerdotisas la saludaban en himnos amorosos sin fin. Entre las sacerdotisas de Venus brillaba con brillo singular la hermosa Hero. Verla, oirla entre las llamas sacras, las guirnaldas votivas, las cítaras armoniosas cantando el amor y á la divinidad del amor, ofreciendo puros holocaustos, era un espectáculo demasiado bello para que no tentase á un joven marino de alma pura y de sentimientos ardorosos. A no dudar, en cuanto se vieron los dos jóvenes se enamoraron, y en cuanto se amaron debieron reconocer la imposibilidad completa de unirse legítimamente y legítimamente satisfacer aquel amor intenso. Ya fuese por odio entre sus dos familias, ya por triste recuerdo y conmemoración de pasadas guerras, ya por diferencia de religión, ya por odiosidades mutuas de raza, no podían verse y hablarse á su arbitrio para convenir la unión legal de sus nombres, que debía responder á la unión eterna de sus almas. Habitante de Abydos él, vivía ella en una torre de Sestos. El no tenía confidente alguno de su amor. En cambio ella tenía la vieja nodriza, que hace papel de confidente allá en todas las letras y en todas las artes griegas. Dentro del alma vertía Hero las lágrimas y al seno suyo confiaba sus secretos. Ella, la nodriza, encendía todas las noches la tenue luz que brillaba como una estrella de amor sobre la torre donde residía Hero. Los dos jóvenes se amaban con igual intensidad, y siendo suspiros y ojos los pregoneros inconscientes é indeliberados del amor, tenían que ocultar esta pasión del alma, la cual trasciende por toda la exterioridad del ser como si fuera un crimen. Leandro no podía ver á Hero sino de noche, y Hero no podía sino de noche aguardar á Leandro. Una barca, deslizándose, aunque fuese al amor de las sombras, entre las dos riberas, podía traicionar al barquero y desvanecer el misterio. Los dos amantes por tal manera estaban seguros de la mutua imposibilidadalzada entre los dos amores, que se convinieron, el uno en ir nadando á la torre de Sestos, y la otra en la torre de Sestos aguardar al intrépido y enamorado nadador.

¡Cuántas dificultades! En primer lugar necesitaba Leandro que la población de Abydos llegase á profundo sueño y no advirtiese de ningún modo su fuga, cosa poco asequible sino á las altas horas de la noche. Después debía burlar la doble vigilancia que por tierra y por agua empleaban contra los vecinos y contra sus rivales aquellas poblaciones heridas por tantas guerras y atravesadas por una continua invasión. Luego que ya hubiese todos estos obstáculos vencidos y superados, ¡cuántas celadas terribles podía el mar tenderle, y cuántos abismos de muerte abrían sus fauces en torno suyo para devorarlo! Un viento súbito, una onda traidora, la zozobra inesperada de cualquier cambio repentino, los monstruos varios que corren por las infinitas soledades del mar, los mil accidentes propios de una peligrosa natación, amenazábanle con las amenazas más terribles y le tendían por doquier amagos de muerte. Luego, podía conocerse la marcha entre las aguas, bien por un relámpago en tormentosa noche, bien por un rayo de luna en noche serena, bien por la estela y el fosforo que su propio cuerpo produjera en las luminosísimas y esplendentes aguas. Aunque había menos de una milla entre las dos riberas, el frío nocturno entumecería mucho los músculos y la corriente opuesta resistiría mucho también á los esfuerzos del nadador, aunque hábil y diestro fuera. Estas distancias marinas ¡ay!, siquier cortas en estrechos angostísimos cual el Bósforo, se agrandan en cuanto, después de ha-

berlas medido con la vista, queréis medirlas á naído. Lord Byron ha tendido su éter de poesía sobre todas estas costas y sobre todos estos mares de Grecia. El Egeo, el Jonio, el Bósforo, las islas del Archipiélago que parecen madreperlas, el puerto de Atenas, las canteras de Paros, los desfiladeros de Lacedemonia, los cercados de Arcadia, las montañas de Tesalia, todos aquellos territorios llevan como una corona de ideas ceñida por el poeta seminormando y semisajón, que no habiendo podido nacer de Grecia como lo deseaba su alma y lo merecía su genio, murió joven é inspirado en los brazos de Grecia. Bogaba un día por el Bósforo, acompañado de varios marinos ingleses, cuando se les ocurrió una disputa sobre la verosimilitud ó inverosimilitud reales del paso de Leandro á nado por aquel extremo de la mar tracia. Sostenían unos la facilidad manifiesta, sostenían otros la dificultad insuperable. Aquellos aguijoneos que sentía el poeta inglés por todas las aventuras poéticas, lanzáronlo al mar, donde ensayó el viaje que hacía Leandro todas las noches á su regreso de Sestos. Pasó, pues, desde las riberas europeas á las riberas asiáticas. El experimento no se frustró. En una hora y diez minutos llegó el nadador normando, ilustre lobo marino, á las costas asiáticas desde las costas europeas. Pero no pudo abordar al sitio donde supone la leyenda que abordaba Leandro; lleváronle más lejos las corrientes. El joven enamorado griego hacía todas las noches dos expediciones, una de ida y otra de vuelta. Si á la expedición atractiva de ir le impulsaban los ardientes deseos y las esperanzas de hallar al otro lado satisfacciones indecibles á su amor, todo esto se tornaba en contra suya naturalmente á la vuelta, oponiéndole invencibles obstáculos, así las satisfacciones halladas, como el amor intenso, que lo retenían en las costas donde residiera su amada. ¿Pero qué resistencias no superan las pasiones humanas?

Ocultar el amor é ir todas las noches á la torre de su amada, ¡terrible situación verdaderamente dramática y muy propia para despertar las grandes emociones que avivan en nosotros siempre todos los combates del alma! ¡Cuán importuna le debía parecer á Leandro la población entera de Abydos interpuesta en el camino de su felicidad! Estos pueblos mediterráneos duermen poco y están siempre al aire libre. Dificilísimo, pues, el esquivar á su natural nervioso y curiosísimo un secreto de suyo tan interesante como un secreto de amor. Las noches en que no podía Leandro emprender su expedición, pasábalas entre insomnios más procelosos que todas las tormentas y más fatigadores que todos sus nados. Para él más tranquilidad ofrecía la onda y la brisa que la cama. Así, cuando robaba con facilidad el cuerpo al hogar y al pueblo natales, poníase en escollos altísimos columbrando la esperada luz que debía encender Hero en la torre de Sestos. ¡Cómo aguzaría la vista para penetrar en las tinieblas, deseando á un tiempo que las sombras llegaran á espesarse para no ser visto y á esclarecerse para ver! ¡El naufrago perdido no vió nunca el faro con la emoción despertada en Leandro á la vista del fanal encendido por la nodriza de su hermosa Hero en la torre de Sestos! ¡Cuántas veces, ya resuelto, se volvería para ver si en el hogar paterno alguien velaba, ó si en la ciudad natal le seguía sospechoso y vigilante algún vecino rival! Cerciorado por sí de los hombres, no podía con la misma seguridad cerciorarse de los elementos. ¿Quién le decía que la brisa más suave no se trocara en súbito huracán? Las aguas palpitaban siempre, y á estas palpitations entregaba su cuerpo. ¡Cuántas veces, aterido de frío, daba diente con diente, sintiendo esparcirse por todo su cuerpo el helor de los cadáveres! ¡Cuántas veces llegaba fatigado y sudoroso á las opuestas arenas, después de haberse pasado como un pez bajo las tumultuosas olas y tenido, al arribar, una especie de síncope que le presagiaba la muerte! A veces la hermosa luz que rielaba con tanto esplendor sus rayos de plata en las aguas celestes le hacía verdadera traición y le inspiraba recelo de revelaciones y advertencias que hubieran podido traerle, de seguro, irreparables dolores á él y á su amada. Recordando entonces que la casta y virgen Diana también había querido, como los mortales y los inmortales quieren, bien ó mal de su grado, y también había puesto sus puros labios en la frente de su Endimión, dormido sobre la roca del Atmos, rogábale de hinojos, tendiendo sus dos brazos en acción suplicante al plateado disco, tan hermoso en el cielo azul como en el mar callado, á que le favoreciese y prosperara su difícil carrera entre los vientos y las aguas. Pero como el amor está cerca de la muerte, Leandro y Hero se ahogaron en aquellos mares, pasando así tras su trágica muerte á la leyenda y á la historia.

Madrid, 13 noviembre de 1897.



## D. FRANCISCO SILVELA

Aventajada la estatura, gallardo el cuerpo, de pocas carnes, fina la cabeza, rizado, sedoso y negro el pelo, al igual que la barba, entreverada de algunas canas; ocultos los ojos tras unos lentes que sirven al que los usa para clavar la mirada en los del prójimo sin que éste pueda fijarla en los suyos; tal es D. Francisco Silvela, cuyos labios siempre están entreabiertos por una sonrisa que sin cesar se asoma y retira, como si temiera salir al exterior; sonrisa que anima la fisonomía para hacer luego más característica su impassibilidad, de la que tiene fama, supuesta ó merecida, así como de frialdad. De ésta hace gala, con gran desesperación de los que quisieran que diese un paso en falso; pero como antes de sentar la planta golpea el suelo con el tacón de la bota para cerciorarse de la firmeza del terreno, no lo logran; y en cuanto á adelantar el pie, no hay estímulo ajeno que á ello le obligue si el propio convencimiento no se lo aconseja; porque opina que el hombre no debe ir adonde se quiere llevarle, sino donde se ha propuesto.

Adonde va Silvela es á la jefatura del partido conservador, y para llegar á ella adoptó primero el sistema de estarse quieto, porque sabe que á veces se va más lejos sin moverse que agitándose. Cuando Romero rompió con Cánovas, su fogosidad le llevó á oponer pendón á pendón; mientras que Silvela prescindió de actitudes arrojadas, pero expuestas por tener en su contra la realidad; y en vez de combatir á D. Antonio, se descubrió con respeto ante la bandera que tremolaba el malogrado hombre de Estado, y al saludar el estandarte ponía mucho cuidado en saludar y ensalzar al jefe, si bien no le seguía. Discutió sin disputarle la jefatura, porque sabía que Cánovas valía tanto que su nombre era un prestigio, su talento una fuerza y su persona un partido. Jamás se le ocurrió debilitarle por medio del ataque, porque no ignoraba que estaba por encima de todas las agresiones, y que si el partido conservador, en su última etapa, no aprobaba la conducta de su jefe en las cuestiones internas, le respetaba demasiado para consentir que nadie intentase medirse con él. No lo intentó Silvela, quien sabía tres cosas: que Cánovas estaba cien codos por encima de su partido; que después de Cánovas, no quedaría en el partido conservador quien pudiera igualarse á él, Silvela; que ofendiendo ó lastimando á Cánovas, lastimaría y ofendería á todos los conservadores, cuya mayoría simpatizaba con Silvela, por más que por respeto y por disciplina siguiese al ilustre hombre de Estado cuya pérdida llora España. Cánovas comprendió que Silvela era temible porque no se presentaba como adversario, tenía á su favor la edad, combatía sombrero en mano y sabía esperar. No ignoraba D. Antonio que mientras él viviese estaría al frente del partido conservador, pero de un partido al que tenía necesidad de dar fuerza y prestigio, porque la actitud de Silvela le debilitaba; mas no se le ocultaba que en cuanto él desapareciese, la jefatura iría á D. Francisco. También éste lo sabía. Cánovas podía prescindir de Silvela y hasta de todos los que componen el partido conservador, porque su personalidad era tan grande que llenaba todos los huecos; pero el partido conservador sin Cánovas no puede prescindir de Silvela. Al primero le era dado gobernar hasta con ocho hospicianos, porque sentados á su lado en el banco azul hubieran parecido ministros; muerto Cánovas, no es posible un gabinete conservador sin que lo presida Silvela.

La incompatibilidad de Silvela y Romero ha per-

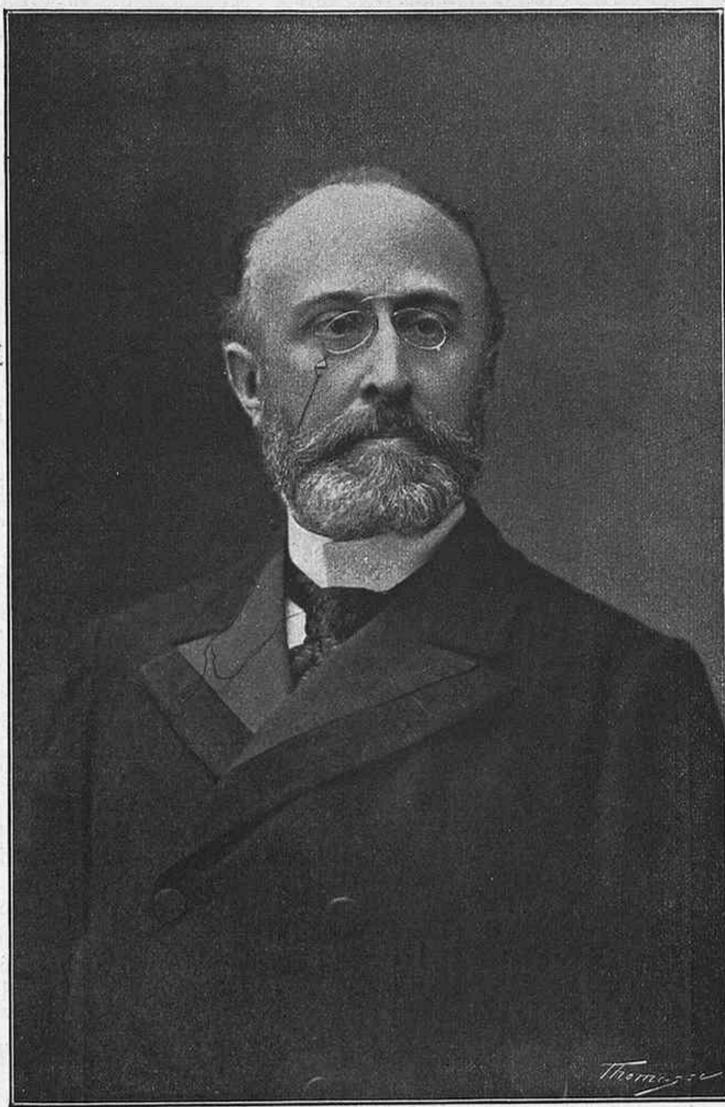
turbado la política durante un largo período. Creemos que Cánovas siguió un impulso de su corazón al quedarse con Romero, atacado de terrible dolencia, cuando se le colocó en la disyuntiva de optar entre él y Silvela, y no puede censurarse al hombre lo que tal vez no merezca aprobación en el político. La pugna entre los dos Pacos, como se dice en Madrid, es antigua, y ni siquiera cuando estuvieron juntos en el ministerio lograron vivir en buena armonía real, aunque sí aparente, ésta impuesta por la autoridad de

discurso sabe adónde va; Romero cree saberlo, pero le ha sucedido dirigirse á un lado y encontrarse en el opuesto. ¿Cómo se puso de manifiesto la incompatibilidad de estos dos hombres políticos? Hay quien dice que fué en cierta sesión del Congreso con motivo de no haber sido apoyado Silvela, que era vicepresidente, como creía tener derecho á serlo. Le abandonaron, dejaron que cayese, y se levantó para demostrar que no pertenece al número de aquellos á quienes, en política, se tira cuando estorban.

Una vez Silvela, que suele dar en el blanco, erró el tiro, y fué en la sesión del 6 de diciembre de 1892, de la que data su disidencia. En ella se sirvió del verbo *soportar* refiriéndose al Sr. Cánovas, pero apuntando á Romero; y tal efecto produjo en D. Antonio, que planteó la cuestión de confianza, y al ver que le faltaba la mayoría, dimitió. Silvela dijo á uno de sus amigos: «Me ha pasado lo que á veces al cazador, que apunta á la liebre y mata el perro.» Cuando pide la palabra, imprime al cuerpo un movimiento rápido hacia adelante; antes de haberse incorporado ya ha expuesto su deseo de hablar, é instantáneamente vuelve á quedar sentado, respondiendo con una sonrisa á la curiosidad revelada por todas las miradas que en él se fijan. «¡Silvela va á hablar!» La noticia llega á los pasillos y entran en el salón de sesiones los diputados. «Tiene la palabra el Sr. Silvela,» dice el presidente. Surge la figura de D. Francisco y se ve la parte de la cara que no está tapada por la barba y atenuada por los lentes: todo lo demás es negro, pelo, corbata, levita y pantalones. Hay tanta belleza como severidad en la actitud del orador, en la que se ve el aplomo que da la seguridad de la propia fuerza. La voz es vibrante, fina y el tono siempre mesurado; sobrio el gesto, que se limita á ligero movimiento de la mano derecha; cuando ha lanzado alguna frase en la que sintetiza un concepto desarrollado en un período, frase que da en la frente de cuantos le escuchan, entonces el Sr. Silvela se inclina como si quisiera cerciorarse del efecto y sonrío como diciendo: «Ya lo he obtenido,» y prosigue su discurso, llegando á la nota aguda en la intención, nunca en la forma. En las pausas saca del bolsillo de la levita una tarjeta, la mira, vuelve á guardarla y continúa su oración. En aquella cartulina ha apuntado los puntos principales de su discurso.

Silvela nació en Madrid en 1843, y ni por su temperamento ni por sus costumbres sencillas se presta á la anécdota. Es muy amante de su familia, y á sus goces, más que á las grandezas, pide la felicidad. Fué muy joven secretario del Congreso, y un día le dijo Posada Herrera: «No tardará usted en ser ministro; dirigirá usted mayorías, oirá usted aplausos y adhesiones calurosas y disfrutará de la confianza de los que sean sus compañeros: cuando á tal punto llegue, no olvide que está como el picador en la plaza; no mire tan sólo al toro que le va á acometer, ni lo fie todo en sus puños y serenidad para sostener el encuentro; cuide tanto como de todo eso, de que el caballo que monte no haya quedado malherido, no tenga fría la oreja y vaya á dar con usted en tierra en el momento en que más necesite de sus ancas; y desmonte al sentir el primer estremecimiento de debilidad para sostenerle, porque esos tumbos son deslucidos por demás, y si ocurren á la cabeza del toro pueden ser de muerte.» Como Silvela no ha olvidado aquellos consejos, ha cuidado siempre de no dar tumbos deslucidos ni lucidos, y á esto se debe que hoy las miradas en él se fijen y digan todos los labios: «Este es el jefe del partido conservador.»

TEODORO BARÓ



D. Francisco Silvela

Cánovas. Un día se presentó á Romero una comisión de Avila que había venido á Madrid á gestionar cierto asunto, y como Silvela representaba el distrito de Piedrahita que á dicha provincia pertenece, y también era ministro, dijo aquél á los comisionados: «Eso es cosa del otro Paco.» Pero como el otro Paco no se tomaba ningún interés en el asunto, lo que nada tiene de extraño, de ser cierto que nunca le ha preocupado aquello en que otros políticos ponen la atención para ganarse simpatías, Romero cuidó en el acto de complacer á los de Avila.

En nada se parecen. Nació Romero en la bella Andalucía, donde el viento Norte lo es de fuego, y Silvela en la estéril meseta donde Madrid se asienta y se hiela el soplo del Guadarrama; tira á rubio el cabello y también la barba del hijo de Antequera, y á negro el pelo del nacido en Madrid, color que también lo es del vestido, mientras que el traje de Romero no lo es; lleva Silvela abrochada la levita, y Romero suelta. Es aquél dueño de la palabra, pero el otro va con frecuencia más lejos de lo que se propone, por ella arrastrado. Frío, sobrio Silvela; fogoso, amplificador Romero. Cuando aquél comienza un



Quando llegaron en el último coche el Sr. Martín, Margarita y Andrés, hubo grandes salvas de aplausos (dibujo de Huertas)

## CUADROS POPULARES

### LA BODA DEL SEÑOR MARTÍN

(Conclusión)

#### IV

La prendera toledana volvió á su hogar, si hogar podía llamarse aquella zahurda, y volvió completamente desprovista de intereses y sin el digno esposo que fué á cumplir condena de seis años de prisión, y eso por buenas composturas, según dijo ella misma al Sr. Martín, jurando y perjurando que ella y su marido eran inocentes de los hechos que les habían *acumulado* por una mala voluntad. Quiso continuar su comercio, pero en un año había perdido la clientela, y además de esto la falta de capital era un obstáculo terrible para que prosperase su industria. Hubiera tenido dinero que prestar y no habría faltado quien lo tomara como ella quisiera, pues la necesidad obliga mucho y aprieta más; pero sin dinero, todo lo que podía prometerse era vender las existencias de ropas y de muebles viejos que halló en la tienda, ropas que lo poco que tenían que perder lo habían perdido ya en el tiempo que estuvieron entregadas á la polilla y á las telarañas, y muebles que todos se tambaleaban y en cuanto se intentaba cambiarlos de sitio deshacíanse en pedazos. Y sobre esta penuria tuvo que sufrir la madre de Margarita el desvío de toda la gente del barrio, que no creía en su inocencia y esquivaba el trato con mujer que había pasado un año alojada por cuenta del Estado en la cárcel de su sexo. Este desvío la hería profundamente y le ennegrecía el humor de un modo que hacía padecer mucho á la dulce Margarita, que si trataba de hablar á su madre para consolarla el lenguaje de la resignación cristiana, recibía por respuesta una descarga de soeces palabrotas y á las veces recios golpes, y así desahogábase impunemente de la ira que la cegaba. La mala mujer culpaba á su hija de haber adquirido, mientras ella estuvo á la sombra, maneras y lenguaje propios de una señorita, lo que era, decía *Ulogia* bárbaramente, «un *disprejo* á los padres que la habían criado con tantas fatigas, para que en *iciendo* que *allegara* á moza *echara el alma* trabajando para ellos y les aumentara la *miaja* de *probeza* que tuvieran,» y terminaba

el discurso con un par de ajos de los más gordos. Claro es que con este lenguaje, que le parecía á la grandísima bestia el más claro y expresivo, contrastaba singularmente el que la niña con su buena inteligencia y su delicado instinto había aprendido en casa del Sr. Martín, donde no se oía jamás á los oficiales y aprendices una frase desvergonzada ni una exclamación sacrílega, porque no tenía el cerrajero tolerancias con nadie en ese punto. El obrero mal hablado ó se corregía en poco tiempo ó era despedido irremisiblemente. La noble naturaleza de aquel hombre de bien repugnaba todo lo grosero, todo lo indigno.

Los primeros días que siguieron al del regreso de *Ulogia* á su prendería, la tierna y agradecida Margarita pasó algunos ratos á la casa de su bienhechor, y éste y el mudo holgábanse mucho de verla, siendo su presencia gran consuelo en la pena que los dos experimentaban desde que la niña se vió en el duro trance de cambiar de domicilio; pero sus visitas cesaron súbitamente, y el Sr. Martín, creyendo que podría estar enferma la angelical criatura, se decidió á pasar á la prendería para enterarse de si eran ciertos sus temores, bien que no le hacía mucha gracia conversar con la zafia toledana. Recibió la prendera al señor Martín procurando parecer amable, y llamó á Margarita, que al ver á su protector alegró con su dulce mirada y su inefable sonrisa la siniestra obscuridad de aquel antro. *Ulogia* no quería que pasara la niña á la cerrajería, porque habiendo en el taller hombres solamente, y siendo ya Margarita una moza de catorce años, que parecían diez y ocho, no estaba ni medio bien, y daría mucho que hablar á los vecinos que allí se estuviera todos los días donde tantos hombres jóvenes se juntaban, y oyendo que el uno la decía una cosa y el otro otra, y alguno se le podía proparar, y además la chica tenía que trabajar, coser, lavar, planchar, lo que le saliera, para ayudar á su madre que estaba sin un céntimo, por *mor* de la maldita causa con que una mala voluntad había perdido á un matrimonio honrado, y ella se veía y se deseaba para poder comprar un pedazo de pan, y puede que al fin tuviera que poner á servir á Margarita para que no se quedara sin comer y en cueros vivos y poder ella misma libremente buscarse la vida como pudiera.

El Sr. Martín, oyendo estas razones, quedó casi

convencido de la de *Ulogia*, y la idea de poner á servir á Margarita le impresionó tan desagradablemente que en aquel punto pensó que, viviendo él, no iría á ejercer oficios de criada la gentil muchacha. La madre al terminar su discurso rompió á llorar, con lo que acabó de poner al cerrajero más blando que la cera, de tal suerte que cuando el Sr. Martín volvió al taller traía en el bolsillo quince duros menos que había dejado en las pecadoras manos de la redomada toledana. Y ésta, luego que se fué el vecino, sorprendió á Margarita abrazándola y besándola, y por cierto que no la tenía acostumbrada á estas manifestaciones del amor maternal, pero la oportuna generosidad del Sr. Martín hizo concebir á la prendera la halagüeña esperanza de explotar el filón que tan al descubierto había puesto aquel excelente hombre que era todo sinceridad y nobleza.

Y en efecto, comenzó la explotación: antes de acabar el mes ya se lamentó *Ulogia* de la imposibilidad de continuar en el comercio porque no se vendía nada, ni se obtenía siquiera lo preciso para pagar al arrastrado casero y para mal comer, y ni ella tenía zapatos ni la chica tampoco, y ya veía que no había más remedio que ponerse á servir Margarita; que en Toledo, sabiendo de quién era hija, la recibiría con los brazos abiertos un labrador muy rico y solito, el que siempre los había querido con delirio á Polonio y á ella. Todo esto era mentira; ni en Toledo ni en parte alguna del mundo estimaba nadie á matrimonio tan abominable; pero la mentira pareció verdad al Sr. Martín y se apresuró á hacer otro donativo, seguro de que este era el medio único de que la grandísima tía *Ulogia* tratara bien á Margarita.

Andrés acompañaba al Sr. Martín en sus visitas á la prendería, y él y Margarita mirábanse tristemente sin poder comunicarse de otro modo, como antes, sus pensamientos, recordando aquellos deliciosos días, tan breves, que viviendo juntos se creían, en su adorable inocencia, los seres más venturosos de la tierra. Seguía el mudo haciendo progresos en la pintura y ya el Sr. Martín había obtenido de un pintor famoso los mejores informes respecto de las bonísimas disposiciones de su ahijado para cultivar con gloria el arte á que mostraba tan decidida afición. Esto llenaba de orgullo al bonísimo Martín, que hacía grandes gastos en libros costosísimos, en estam-

pas, en modelos, en todo lo que podía contribuir á formar el buen gusto del futuro artista. ¡Qué gloria para el humilde cerrajero cuando llenara el mundo la fama del pintor mudo!.. Esta esperanza era su idea fija, y no había sacrificio que no estuviera dispuesto á hacer para que su hijo de adopción llegara á la notoriedad. Y seguía el excelente hombre dedicado cada vez con más afán á su oficio, procurando que en su taller se trabajara mucho y bien, y Dios le favorecía, porque todas las obras importantes se le encargaban al Sr. Martín, que no sólo se distinguía por lo perfecto del trabajo, sino también por la formalidad con que acostumbraba cumplir sus compromisos. Ya había comprado la casa donde tenía el taller y sus habitaciones y la inmediata para ensanchar aquél, y como la fortuna le sonreía y él no tenía necesidades holgábase de hacer el bien; que no sólo atendía á sus protegidos Andrés y Margarita; otras, no pocas, familias pobres del barrio le debían favores, y era, como se dice, el paño de lágrimas de mucha gente.

V

Cuatro años estuvo Polonio en el establecimiento penitenciario donde cumplía su condena, y no la cumplió entera porque fué indultado. Regresó, pues, á su hogar, y trajo para divertirse por el resto de su vida un reuma articular que no puede asegurarse que no se lo mereciera. Su mujer no recibió grande alegría con la vuelta del esposo, que no regresaba apto para nada y sólo sería una boca más en la casa, y seguramente una boca insaciable, porque vendría el hombre ansioso de comer más y mejor que allá en el presidio donde adquirió el reuma. Pero si la mujer le recibió con notorio desabrimiento, sirviéndole de consuelo, en medio de su miseria, el beso que le dió con toda el alma su hija Margarita, corazón de oro puro, que viendo á su padre demacrado, lívido, moviéndose trabajosamente, abrumado bajo la pesadumbre de su desgracia, sintió en el alma una profunda conmiseración. Fué aquel un beso de re-

dención para el desventurado Polonio, que experimentó una alegría nunca sentida, un placer nunca soñado, y sintió correr por sus mejillas el llanto de la gratitud, del arrepentimiento y de la esperanza.

Margarita era ya una mujer y ángel le pareció al mísero Polonio, y cuando la oyó hablar un lenguaje tan distinto del que él y Ulogia habían usado y oído siempre, cuando le prometió amarle y cuidarle cariñosamente y le aseguró que aún podía haber para él calma y salud de cuerpo y de alma, á punto estuvo de dudar que fuera hija suya y de la fiera de su mujer la hermosa Margarita; pero no, no era posible la duda, porque aquel beso únicamente de los inmaculados labios de su propia hija podía recibirlo un miserable como él.

El Sr. Martín fué el único de los vecinos del averiado predero que le dió la bienvenida. Triste impresión le produjo y profunda compasión le inspiró el estado en que volvía el mísero Polonio, á quien Margarita había encarecido cuantos beneficios debían su madre y ella al Sr. Martín, expresó á éste su agradecimiento en el tosco y torpe lenguaje que le era propio, y le consoló mucho oír de labios de aquel hombre honradísimo, intachable, frases afectuosas, él que sólo las oía mucho tiempo hacía ásperas, depreciativas y humillantes.

«Hay que olvidar lo pasado, le dijo el Sr. Martín, y vivir honradamente. Esta es la manera de redimir las faltas propias y ganar el afecto de las gentes. Así no le faltará á usted mi protección.»

Seguramente no podía faltar al padre de Margarita

la protección del Sr. Martín. El mudo Andrés hallábase ausente acompañando en un viaje á Roma al pintor famosísimo que era su afable maestro y que habiéndole cobrado gran cariño había querido que admirase las obras de arte que allí existen; el señor Martín había quedado solo, y en seis meses de ausencia de su protegido habíase apoderado de su mente una idea que si al principio le pareció absurda luego la tuvo por la más acertada que hubiera podido ocurrirle. Había visitado más frecuentemente y durante mayor espacio de tiempo cada vez la tienda del predero; había hablado mucho con Margarita, que casi siempre estaba sola, porque la madre andaba por allá dentro, en las profundidades de la trastienda, escar-

tan buena proporción y hacía perder á sus padres la protección del Sr. Martín. Y empezó una vida amarguísima para la gentil Margarita, que tenía otro amor en el corazón y en el pensamiento.

El Sr. Martín cada día se mostraba más generoso con los prederos y por consiguiente cada día era más difícil y penosa la situación de Margarita, y cuando el honrado cerrajero le declaró su amor y su propósito de hacerla su esposa, la pobre, gravemente amenazada por su madre, consintió sollozando, y el cerrajero, que sabía que el llanto lo produce la alegría como el dolor, creyó buenamente que era amado.

«La boda, dijo, en cuanto vuelva de su viaje á Italia mi querido Andrés.»

Y pronto corrió por el barrio la noticia de que el Sr. Martín, el popular y estimado Sr. Martín, se casaba con la hija de los prederos, alabando todos á la novia y lamentando todos también que fuera hija de tales padres.

Loco estaba de alegría el Sr. Martín, é impaciente por realizar la boda que había de hacerle completamente feliz. Andrés había escrito señalando la fecha en que regresaría con su maestro; faltaban diez días, y de buena gana hubiera rogado á su hijo adoptivo que anticipase el viaje; pero consideró que acaso aquellos días le serían precisos, porque Andrés le decía que estaba tomando muchos apuntes de las maravillas que nunca se acababan en aquel emporio de las artes, y dominó su ansia de ser el hombre más dichoso del universo. Habría querido sorprender al mudo agradablemente comunicándole cuando regresara la venturosa nueva de su próxima boda; pero no tuvo paciencia y le escribió cariñosa carta en que le hablaba con mucho calor de la irresistible pasión que le había inspirado Margarita, y se esforzaba en aducir razones con que justificar su resolución de casarse á pesar de la notable diferencia de edad. De que Margarita le amaba, decía estar completamente seguro; también lo estaba de que Andrés, á quien siempre había ama-



Y no había acabado Margarita de leer la carta, cuando estalló en sollozos... (dibujo de Huertas)

bando entre los trapos, y el Sr. Polonio no podía moverse de la cama, y la contemplación de aquella singularísima hermosura y las excelentes cualidades morales que en ella descubría le inspiraron vivo irresistible deseo de ser dueño de tanta belleza y tanta virtud... En la edad más que madura en que se hallaba el Sr. Martín la pasión se impone á la voluntad por fuerte que ésta sea; el Sr. Martín estaba locamente enamorado de Margarita. Antes de que el cerrajero explicara sus sentimientos, ya los había conocido la madre de la muchacha y prevenido á ésta para que se mostrara cada día más afectuosa con él, pues era una gran fortuna para ella casarse con hombre tan bien acomodado y tan generoso que no abandonaría á los padres de su mujer, y hasta los llevaría á su casa y los regalaría como si sus propios padres fueran, con lo que ya no estarían atendid al aperreado tráfico de la compra y venta de cosas viejas, y las gentes del barrio que con tan humillante desprecio los miraban se morirían de pura envidia viéndolos en tan ventajosa situación.

Margarita estimaba y respetaba mucho al Sr. Martín, pero no le amaba, y sincera como siempre, así lo declaró á su madre. Y la empecatada predera, temiendo que la chica fuese capaz de dar calabazas al pretendiente, no hubo denuedo ni injuria que no lanzara al rostro de su propia hija, acusándola de ingrata y sin vergüenza, y amenazándola con que había de hacer con ella un escarmiento, si por necesidad, por mala sangre, ó por ser una perdida y tener capricho por alguno de los chulapos del barrio, perdía

do como hijo, experimentaría la mayor satisfacción al conocer su dicha, y concluía asegurándole que no por contraer nueva obligación dejaría de ser para él padre amorosísimo como siempre. No habría en su hogar otra variación que ser dos los que le amarían con toda el alma, porque Margarita, ya lo sabía él, le quería como á un hermano desde aquel año que vivieron juntos bajo el mismo techo hasta que la madre fué absuelta en la causa que se le formó por una mala voluntad. Tan ciego estaba el señor Martín, que llegó á tener por cosa cierta que el Sr. Polonio y la señora Ulogia eran dos buenas personas con poca suerte, y que se vieron en aquel apretado trance por malas artes de algún enemigo oculto.

Dedicóse con el más solícito afán á hacer los preparativos necesarios. Compró para la novia vestidos y joyas, amuebló la casa más confortablemente, vistió de pies á cabeza á los arrastrados padres de Margarita, les hizo abandonar aquella inmundia trapería, quemando las existencias, y en la casa inmediata les puso modesto, pero limpio y bien arreglado almacén de camas de hierro económicas que se fabricaban en su cerrajería, regalándoles unas cuantas docenas con que empezar esta nueva industria, y así se realizó el deseo de Ulogia de que le envidiaran la suerte las comadres del barrio, entre las cuales era muy comentada la habilidad con que había logrado colocar á su hija nada menos que con el Sr. Martín, bien que la chica se lo merecía todo.

Y la hermosa Margarita, siempre que su prometido le traía un nuevo regalo y le decía ternezas que le sa-

lían del alma, sufría horriblemente, porque aquellas ternezas no llegaban á su corazón, lleno de otro amor, que era amor inextinguible y piedad suprema. Sufría y callaba, dispuesta ya al sacrificio por sus padres que, sumidos en la miseria y en la abyección, habían venido por obra y gracia de aquel hombre de bien á disfrutar una existencia de holgura y tranquilidad que nunca pudieron soñar.

## VI

Faltaban sólo tres días para que regresara de Roma el mudo Andrés, era la fecha señalada por él mismo antes de recibir la carta del Sr. Martín que le notificaba su próxima boda; ésta se verificaría el mismo día de la llegada de Andrés, y ya no se hablaba de otra cosa en el populoso barrio donde tantos amigos tenía el contrayente. El programa de la fiesta era brillante. A las ocho de la mañana se verificaría la boda en la parroquia de San Lorenzo, y á las nueve los invitados, que pasaban de cuatrocientos, serían llevados á los Viveros del Ayuntamiento, donde pasarían el día entero, sirviéndoseles un desayuno á la llegada; á la una la comida encargada al actual representante de la dinastía de los famosos pasteleros Botines, y á las seis de la tarde la merienda. Habría baile para los aficionados, y no con acompañamiento de piano de manubrio, como es costumbre; el Sr. Martín quería hacer las cosas en grande y había contratado la excelente banda del regimiento de Zaragoza. No se había olvidado de los desgraciados; además de los socorros que él mismo daría personalmente á familias cuya extrema necesidad le era conocida, el señor cura propio de San Lorenzo distribuiría entre los feligreses pobres mil duros en nombre del Sr. Martín.

Era extraordinaria la animación en el barrio. Las invitadas á la fiesta, entre las que se contaban ejemplares sobresalientes de hermosura y gentileza, habían sacado ya del cajón de la cómoda el riquísimo pañolón de Manila bien oliente, y todas habían citado á la peinadora al amanecer del día señalado para que les hiciera el peinado de mayor lujo y de más gracia que supiera hacer; y las muchas que poseían pendientes de brillantes, collares de aljófar ó de granates y anillos preciosos tenían á mano los estuches donde conservaban tales joyas para que á última hora no olvidasen completar con ellas el adorno de sus personas. Los hombres se preparaban también á lucir su mejor ropa, y los había que llevarían camisa de pechera bordada y un capital en botonaduras y sortijones, que no de otra suerte se podía ir á festejar la boda del popularísimo Sr. Martín. Éste habría podido elegir para padrino á alguno de los ricachos del barrio que se habían ofrecido con la mejor voluntad, pero quiso que su padrino fuese un obrero que por consiguiente no tuviera dinero sobrando que gastar, y eligió á uno de los oficiales de su taller, á quien quería mucho por sus bonísimas cualidades. Y en vez de ser el padrino quien regalara al novio, éste fué quien obsequió al padrino generosamente. Los demás que trabajaban en el taller recibieron al mismo tiempo que la invitación á la fiesta el doble jornal de la semana.

El día anterior al de la boda el Sr. Martín esperaba á Andrés con mucha impaciencia, porque el mudo no había contestado á su cariñosa carta. No llegó Andrés, pero llegó la carta que le escribía desde Roma. «Padre mío, escribía Andrés, que sea usted dichoso, y lo será usted mucho si lo es tanto como merece, es lo que más vivamente he deseado y deseo en este mundo. Perdóneme usted que no vaya á ser testigo de su felicidad... Quisiera ir, mas no puedo, padre mío, no puedo. Ya tengo, gracias á usted, medios de poder valerme en la lucha por la existencia. Bendito sea usted, padre mío. Puede ser que, andando el tiempo, nos veamos. Ahora no puede ser, pero tenga usted por cierto que no pasará un día de mi vida sin que pida á Dios que le conceda á usted todas las venturas. Ya sé que usted no olvidará á su desgraciado Andrés.»

Leyó y releyó esta carta el Sr. Martín, y sintió profundísimo dolor en el corazón, como si de improviso le hubiera herido agudo puñal. Con la carta en la mano corrió á casa de los ex prederos, y tan agitado le vió la madre de Margarita que no pudo menos de preguntarle asustada:

— ¿Qué le pasa á usted, Sr. Martín?..

— ¡Margarita, quiero ver á Margarita!, dijo, apretando en su mano el fatal papel.

Llamó á su hija la presunta suegra, y vino la muchacha pálida, melancólica, triste, pero procurando sonreír ante la cruel madre que tenía clavada en ella la mirada amenazadora.

— Toma, le dijo el Sr. Martín, lee esa carta de Andrés.

Margarita alargó la mano, temblorosa, y tomó la carta...

Y no había acabado de leerla, cuando no pudiendo ya ahogar su pena como otras veces, estalló en sollozos, á los que siguió el torrente de lágrimas tanto tiempo contenidas por dolorísimos esfuerzos de la voluntad.

— ¿Qué es esto, Margarita?.., preguntó, convulso, el Sr. Martín.

— ¿Qué carta es esa?.., exclamó la madre con acento de ira. ¿A qué viene ese llanto?.. Y estabas hace poco tan contenta... ¿Qué carta maldita es esa?.. A ver, di por qué lloras, por qué te afliges...

Y cogiendo de la muñeca á la muchacha se la apretó de modo que cuando la soltó, obligada por el señor Martín, en la delicada piel se había marcado un círculo violáceo.

— Déjenos usted solos, dijo el herrero, apartándose la violentamente.

— Es que...

— Que nos deje usted solos, repitió con un tono que no admitía replica, y no escuche usted detrás de la puerta, añadió.

La mujer obedeció y los dejó solos.

— Margarita, dijo el Sr. Martín, vas á explicarme el contenido de la carta de Andrés que te he dado á leer.

— Señor Martín... murmuró Margarita, suplicante.

— Que me digas la verdad quiero... Tú sabes lo que esa carta quiere decir, porque si no lo supieras no te habría arrancado tantas lágrimas su lectura. Dime la verdad, Margarita, la verdad toda y nada temas. ¿Por qué no viene Andrés á nuestra boda? No bajes los ojos, Margarita, y mírame sin temblar para decirme la verdad como mujer honrada que eres.

— ¡Oh, sí, Sr. Martín!, exclamó la hermosa, levantando la cabeza y mirando suplicante á su prometido, la verdad diré. Yo le quiero á usted como nadie le querrá en el mundo y le respeto... y á nadie quiero tanto como á usted, que tan bueno ha sido para Andrés, para mis padres... y para mí; pero Andrés y yo habíamos soñado ser esposos... Por eso, Sr. Martín, no puede venir Andrés á nuestra boda.

— ¡Nuestra boda!, repitió tristemente el herrero.

— Tiene usted mi palabra, Sr. Martín.

— Pero no tengo tu amor. Te resignas á ser desgraciada. ¿No habría sido mejor para los dos que antes me hubieras dicho la verdad?..

— ¡Ah, Sr. Martín, no he tenido valor... ni podía tampoco!

— Ya entiendo, que tus padres te han obligado á consentir. ¡Qué infamia la suya y cuánto habrás sufrido, mi pobre Margarita!, murmuró el herrero tomando en sus duras manos de trabajador las suaves y delicadas de su prometida. En verdad te digo, Margarita, que ha de costarme la vida este dolor.

Y había lágrimas en los ojos y en la voz de aquel hombre.

— Señor Martín, dijo Margarita, profundamente conmovida ante la angustia de su enamorado, no quiero que usted sufra. Usted dispone de mí, Andrés no volverá. Yo seré esposa de usted mañana, con la bendición de Dios.

— ¿Serás mi mujer?, preguntó con ansia el señor Martín.

— Lo he prometido.

— ¿Mañana?

— Mañana.

— ¿Y no te arrepentirás?..

— Nunca.

Entró la madre, que ya no pudo contener su impaciencia, y el Sr. Martín salió.

Loco de amor salió del almacén. La esperanza de ser dueño de aquella singular hermosura le hizo olvidarlo todo instantáneamente; la carta de Andrés, la confesión y el desconsuelo de Margarita, la enorme diferencia entre la edad de su prometida y la suya, la infamia de los ex prederos que se habían propuesto explotarle, y volvió á su taller resuelto á casarse á las ocho de la mañana del día siguiente. Estuvo toda la tarde ocupado en varios detalles de la fiesta; se aseguró de que á la hora precisa estarían dispuestos los veinticinco vehículos que transportarían á los convidados hasta los Viveros; de que el ínclito sucesor de los Botines saldría antes de amanecer para el sitio de la jira con todas las provisiones y vajilla y con el correspondiente golpe de cocineros, pinches y camareeros; repasó atentamente la lista de los invitados á fin de reparar algún olvido involuntario; se probó el traje nuevo que le había llevado el sastre, se extasió en la contemplación de la flamante camisa cuya pechera había bordado maravillosamente con sus primorosas manos la gentilísima novia — y bien que había llorado cuando hacía tan delicada labor, — y luego que todo lo hubo preparado, encerróse en su alcoba á dormir, á soñar las venturas que el día siguiente habían de empezar á ser deliciosa realidad.

Allí, junto al novísimo lecho conyugal, tendióse en

una de las butacas que formaban parte del mueblaje de lujo que había comprado para que la casa fuera digna de la que había de ser dueña y señora en ella, y metiendo distraídamente la mano en el bolsillo de la americana sacó un papel arrugado, que no era otra cosa que la carta de Andrés. No quería pensar en su protegido, pero sólo en éste pudo pensar. Andrés era como hijo suyo, porque él le había querido como se quiere á un hijo. Aquel huerfanito, enfermizo, triste, mudo, había sido para él un grandísimo consuelo, un estímulo poderoso, un ángel de su guarda, un amor entrañable, una satisfacción inmensa de la conciencia; por Andrés había gustado el placer incomparable de obrar bien; por Andrés había puesto el mayor empeño en ser bueno y honrado, en ser económico, en trabajar cada vez con más ahinco y con la posible perfección, en no distraer el pensamiento de aquella hermosa obra de caridad y de amor; por Andrés había experimentado el dulce y noble sentimiento del cariño paternal, y por Andrés le había sonreído la esperanza de ver trocado en hombre sano y artista famoso al desmedrado ser que había recogido miserable, raquítico, ignorante, y que á él, á él solo debería la vida, la inteligencia, la gloria artística...

— ¡Ah, exclamó Martín, pensando todo esto, y también me deberá su desventura!

Y esta idea se fijó con tal insistencia en su mente que ya le fué imposible desecharla en toda aquella larga noche.

«Andrés, pensaba, ama á Margarita; los dos se quieren, los dos van á ser desgraciados... No, no lo serán ellos solos; lo seré yo también, porque sabiendo que Margarita no ha de poder arrancar del corazón el amor á Andrés, voy á ser también muy infeliz, más infeliz que ellos, porque ellos no son culpables de mi desgracia y yo sí lo seré de la suya. ¿Y habré estado tantos años procurando la felicidad de Andrés para destruirla yo mismo ahora?.. ¡Y quiero llamarme padre de Andrés y no me sacrifico por él?.. ¡Pero si este sacrificio es demasiado grande para un miserable como yo!..»

Y el Sr. Martín, allí, á solas con su conciencia de hombre recto, con sus ansias amorosas y con su ternura de padre, lloró mucho, lloró la muerte de sus ilusiones de enamorado, lloró el sacrificio que su recitividad le imponía, batalló con su ardorosa pasión mundana y su infinito cariño paternal... y cuando una tenue claridad anunció el amanecer del día que había esperado como el más dichoso de su vida, ya estaba en su pensamiento vencida la carne por el espíritu... Ya no serían desgraciados por su culpa Andrés y Margarita.

## VII

Acababan de dar las seis cuando paró un coche delante de la casa del cerrajero. Pocos momentos después oyó éste la voz chillona de la criada anciana que le servía, que gritaba con júbilo: «¡Ya está aquí, ya está aquí! ¿Cómo había de faltar?» Levantóse el señor Martín, y abriendo la puerta de su alcoba iba á preguntar quién había llegado, á tiempo que unos brazos vigorosos rodearon su cuello amorosamente y en su mejilla sintió el calor de un beso que fué bálsamo de consuelo para su corazón.

Era el mudo, su amado Andrés. Antes de que el Sr. Martín pudiera impedirlo, Andrés cayó de rodillas á los pies de su bienhechor, y le entregó un papel instándole á que lo leyera.

Andrés había escrito que después de haber puesto en Roma, en el correo, la carta en que decía al señor Martín que no podía venir á la boda, había experimentado la más penosa angustia pensando que era gran soberbia la suya y miserable ingratitud. Decía que era cierto que había soñado ser esposo de Margarita y se la hubiera disputado á otro hombre; pero entre la felicidad de su padre adoptivo y la suya propia, ésta era la que él debía sacrificar. Añadía que los beneficios que del Sr. Martín había recibido solamente los podía pagar renunciando á su amor y acudiendo á ser testigo de la ventura del hombre generoso que se había compadecido del huérfano desvalido. Y terminaba diciendo que ya que le fué imposible recoger del correo aquella carta imprudente, luego que se arrepintió de haberla escrito, resolvió ponerse en camino inmediatamente para llegar á Madrid el día de la boda y pedir á su padre perdón y darle una prueba de sumisión y de agradecimiento.

El Sr. Martín levantó del suelo cariñosamente al mudo y le abrazó con la mayor efusión. Luego en el mismo papel que le había entregado Andrés escribió con lápiz:

«Andrés, hijo mío, no acepto tu sacrificio; no soy yo quien se casa con Margarita; eres tú. Ella te ama y seréis dichosos, porque sois buenos. Cuando te hice mi hijo adoptivo me impuse el grato deber de

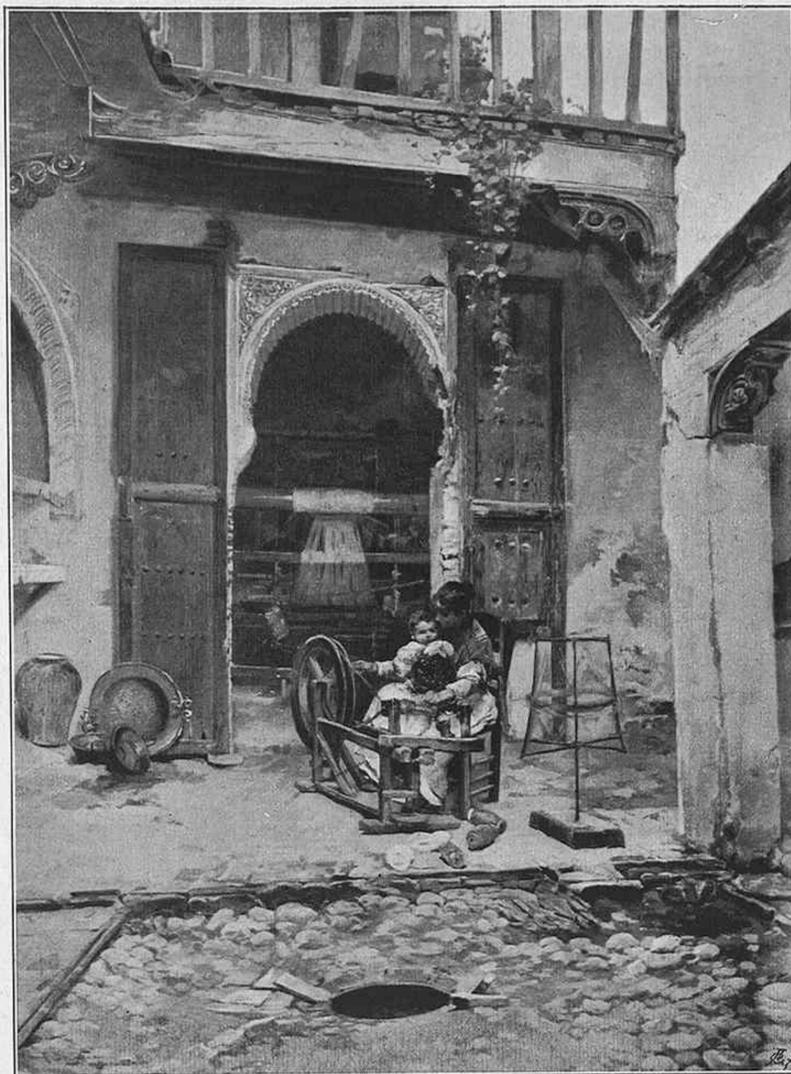
todo padre, que es procurar la ventura de su hijo; no cumpliría la obligación de padre si no completara mi obra realizando tus sueños de felicidad.»

Leyó estos renglones Andrés, y otra vez el rudo cerrajero y el inteligente artista unieron sus pechos en estrechísimo abrazo, gozando los dos en aquel momento el más intenso de los placeres del alma, un placer que solamente los buenos pueden saborear en este mundo.

Ya se oía el animado rumor de la gente que se reunía en la calle para presenciar la salida de los novios; ya iban llegando los carruajes alquilados por el Sr. Martín, y ya empezaban a presentarse los buenos mozos y las arrogantes y bien aderezadas hembras que el Sr. Martín había convidado. El Sr. Martín hizo que ellas y ellos ocuparan los carruajes dispuestos, y pasó al almacén de camas con Andrés. En pocas palabras explicó a la madre de Margarita, porque el padre se quedaba como siempre en cama, donde le retenía el reuma, que la fiesta se celebraría puesto que todo estaba á punto; que habría gran banquete en el Vivero y música y baile y toda la broma decente que se quisiera, pero no habría boda hasta algunos días más tarde cuando se casaran Margarita y Andrés, bien que entonces no se haría ningún festejo público, puesto que por adelantado se les ofrecía á los amigos.

Margarita, que ya iba á vestir las galas para el desposorio, experimentó emoción tan profunda al saber que estaba allí Andrés y que éste era su prometido, que hubo de hacerse gran violencia para no prorrumpir en sollozos de alegría. El Sr. Martín, que leía en el pensamiento de la lindísima joven, acercóse á ella, le tomó la mano cariñosamente y le dijo:

«No disimules tu regocijo, que no me ofendes. Vais á ser felices los dos, por-



Tejedoras del Albaicín, cuadro de Ricardo Brugada

que yo he querido que lo seáis. Si grande es tu alegría, más grande tiene que ser la mía. Alégrate, hija, y Dios os bendiga y me permita ser testigo de vuestra felicidad mucho tiempo.»

La fiesta en el Vivero fué animadísima. Cuando llegaron en el último coche el Sr. Martín, Margarita y Andrés, hubo grandes salvas de aplausos. Muchos de los convidados no se habían enterado siquiera de que no se había celebrado la boda. El Sr. Martín encargó á los que tenían ya noticia de que la boda que se celebraba no se había verificado que comunicasen este extraño suceso á los demás, añadiendo que el herrero había renunciado á las delicias del matrimonio, y se contentaba con ser padre, y probablemente abuelo más tarde, sin haber tenido hijos nunca.

De regreso de la fiesta, el Sr. Martín se durmió profundamente con la tranquilidad de quien tiene la conciencia del deber cumplido.

CARLOS FRONTEIRA

NUESTROS GRABADOS

**El céfiro y las flores, composición de Francisco Miralles (Salón Parés).**— La alegórica composición del Sr. Miralles hallase inspirada en la hermosa mutación que experimenta la naturaleza cuando el céfiro besa las flores, prestándoles nueva vida. El lienzo del discreto artista catalán representa, por lo tanto, la primavera de la vida en sus dos más bellas manifestaciones: la naturaleza revestida con sus esplendentes galas: la mujer con los atractivos de su belleza.

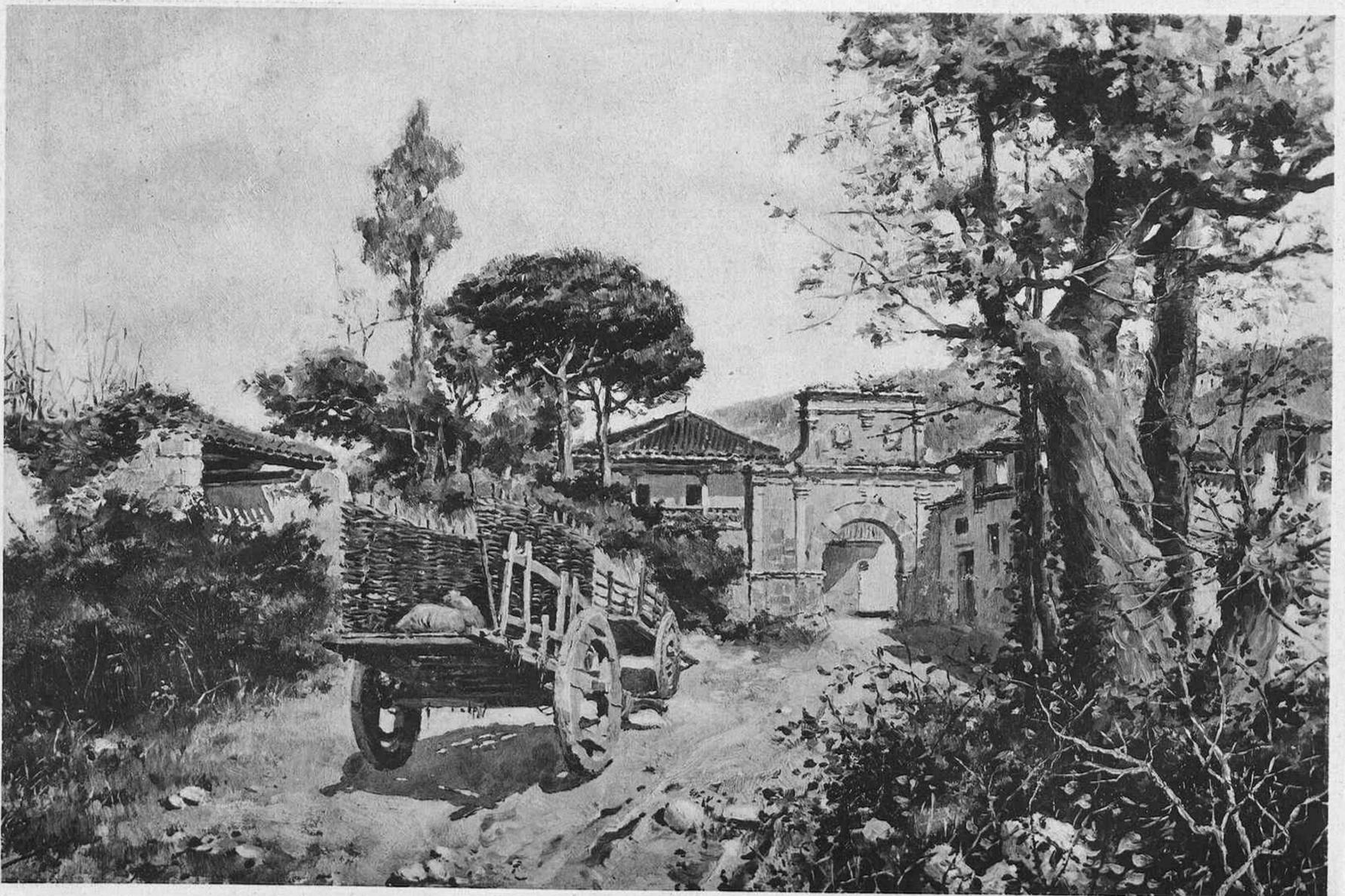
A la monotonía de tintas del tétrico invierno sucede la variedad de tonos de la más agradable de las estaciones; las plumizas brumas que cubrían la celeste bóveda se desvanecen por la fuerza vivificadora del astro rey; los árboles que antes extendían su escueto ramaje púeblesen de hojas; los campos, agostados por las nieves, cúbrense de verdura y de matizadas y olorosas flores, y todo, cual si renaciera, recobra su fuerza y perdida vitalidad.



SEVILLA.—Fiesta en una venta, cuadro de Ricardo Brugada



SANTANDER.—Puente de Ganzo, dibujo original de Mariano Pedrero



SANTANDER.—Paisaje montaños.—Una portalada, dibujo original de Mariano Pedrero



LOS DOMINGOS EN MADRID. — En la fuente de la Teja,

dibujo de Méndez Bringa

Lo mismo sucede, en otro orden, con la humana criatura. La juventud es la verdadera primavera de la existencia, ya que el organismo adquiere su completo desarrollo, fija las ideas y el corazón empieza a experimentar sensaciones que marcan quizá el futuro modo de ser.

Tal es la significación de la nueva obra del Sr. Miralles, quien en este nuevo género ha dado una vez más muestra de sus aptitudes artísticas y de la delicadeza de su espíritu.

\*\*\*

**Santander. Paisajes montañoses. - El puente de Ganzo. - Una portada, dibujos originales de Mariano Pedrero.** - Si Cataluña, Valencia y Andalucía tienen artistas que saben hallar en sus paisajes, así como en los tipos y costumbres, asuntos variadísimos para sus cuadros, tiénelos también la región montañesa, aquella en que tuvo origen Castilla, repleta de recuerdos y de memorias históricas. Santander cuenta también con un artista distinguido, que dedica su habilidad e inteligencia en servicio de la tierra que le vio nacer, dándole a conocer en sus más bellos aspectos, en sus grandiosos contrastes, en su severa belleza. Mariano Pedrero, a quien pudiéramos considerar como digno colaborador de Pereda en su nobilísima empresa

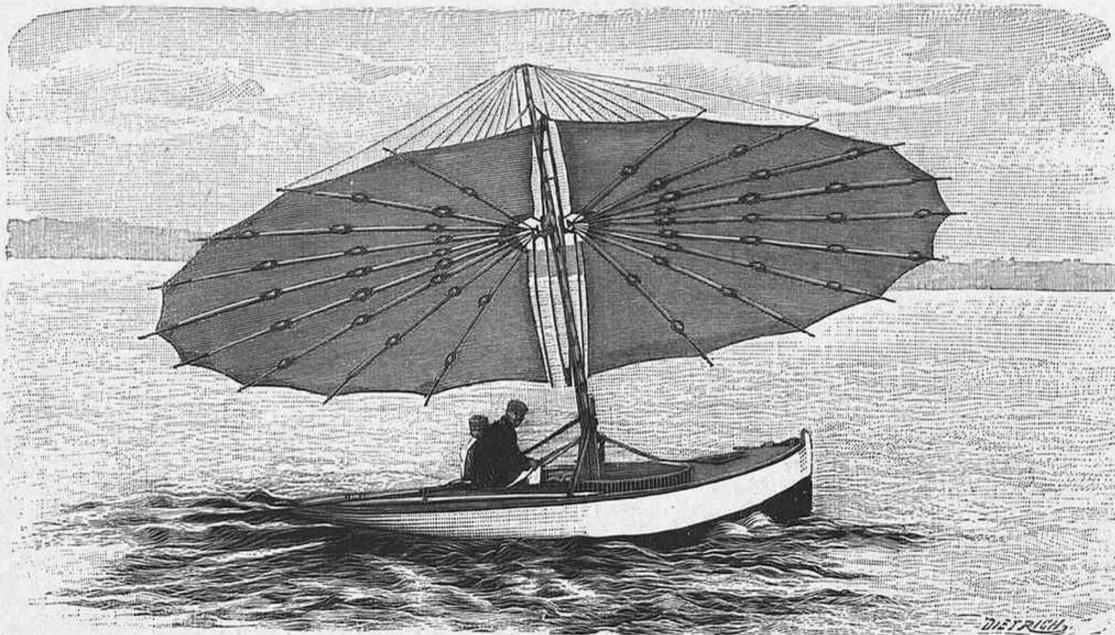


Fig. 1. - Vista de conjunto del barco quitasol

**La vela quitasol.** - Los Sres. Percy, S. Pilcher, de Londres, y Wilson, de Dublin, acaban de ensayar con buen éxito en las aguas de Southampton el nuevo género de velamen representado en los grabados adjuntos. Con el velamen habitual de nuestros barcos, una parte de la fuerza del viento tiende a

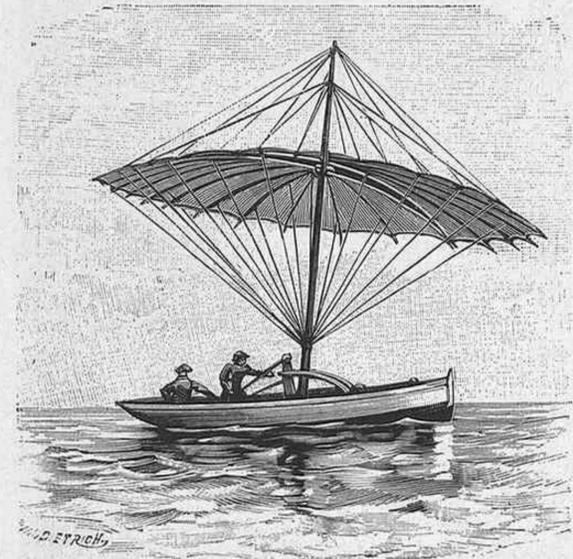


Fig. 2. - Bajo el quitasol

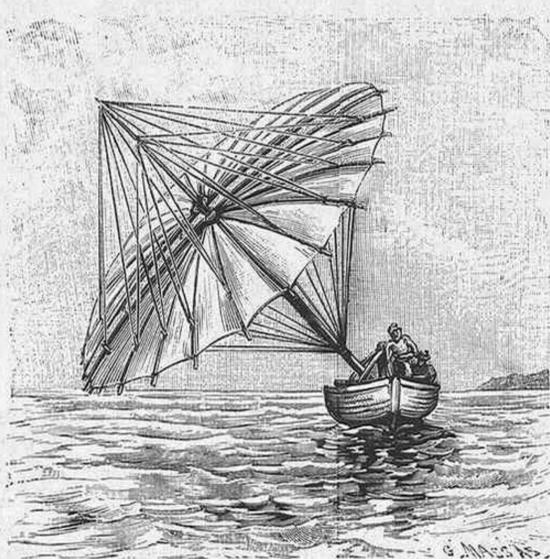


Fig. 3. - Inclinación del mástil

de dar a conocer a su país y de buscar en el terruño fuentes de inspiración, produce de continuo hermosas composiciones, interesantísimos cuadros que ponen de manifiesto sus aspiraciones y sus méritos. A este número corresponden los dos excelentes dibujos que publicamos en la página 760, representación del primero del pintoresco y antiguo puente de Ganzo, sobre el río Saja, y el segundo el rincón de una aldea montañesa, con gran copia de típicos pormenores distintivos de aquel país, tales como las añosas *cajigas* (robles), las carretas de altos *adrales* de pértiga, y en el fondo, como digno coronamiento, como resumen de la vida lugareña, la característica *casona* con su robusta y blasonada *portalada*.

\*\*\*

**Tejedoras del Albaicín. - Fiesta en una venta, cuadros de Ricardo Brugada.** - Los dos cuadros que con los títulos que anteceden reproducimos en estas páginas son dignos compañeros de los que Ricardo Brugada ha producido durante su corta estancia en la hermosa reina del Guadalquivir y en la antigua capital de los monarcas nazaritas. Ambos constituyen dos bellísimas composiciones genuinamente andaluzas, en las que, aparte de la seguridad y delicadeza de los trazos, obsérvese la siempre agradable brillantez de tonos que ofrece aquel rincón de la patria española, que a los encantos de la naturaleza, pródiga, bella y fecunda, une el atractivo de sus leyendas, el recuerdo de su grandeza, las tradiciones de sus alcázares y el interés de sus costumbres.

Las *Tejedoras del Albaicín* es un cuadro fidelísimamente copiado del natural, arrancado del histórico barrio granadino en donde más recuerdos se conservan de la dominación árabe, y en el que existen todavía un buen número de viviendas que conservan admirables labores, que atestiguan la inagotable fantasía y habilidad en aquellos alarifes que produjeron tan maravillosas construcciones que, como la Alhambra, son causa de orgullo para nuestro país y de admiración para los extranjeros.

Cuanto a la *Fiesta en una venta* es un cuadro de costumbres sevillanas lleno de animación y vida, en el que se retratan los tipos y se representa una escena popularísima, en la que entran como elementos el *cante*, el *baile* y las *cañitas* de la famosa manzanilla, que envía a la sangre efluvios de efímera vida y energías.

El Sr. Brugada ha saturado su espíritu con el ambiente de los cármenes granadinos y sevillanos, arrancando de su paleta esas combinaciones de color que sólo puede concebir quien cultiva el arte con entusiasmo y conoce y siente el país en donde halla asuntos que trasladar al lienzo con rigurosa fidelidad y extraordinaria competencia.

inclinarlos, y si esta fuerza llega a ser demasiado grande con relación al peso de la quilla, la embarcación zozobra.

La vela quitasol evita este peligro, porque la acción del viento tiende, por el contrario, a levantar el barco. En efecto, como la fuerza de levantamiento se ejerce paralelamente al mástil y éste está fijo en el eje de la embarcación sin enlace alguno con los lados, resulta de aquí que el casco no sufre ninguna inclinación (figs. 1 y 2).

El mástil está puesto sobre un pivote y puede moverse en dos correderas de ángulo recto (fig. 3).

La vela es de forma elíptica, con el eje mayor en sentido horizontal, y está puesta sobre una montura parecida a la de un paraguas, pudiendo plegarse en el sentido del eje menor.

Por lo común, la vela tiene una inclinación de 45° sobre el horizonte, pero este ángulo se puede modificar según la fuerza del viento.

Según los inventores, esta vela está llamada a prestar grandes servicios a los barcos de salvamento porque propende constantemente a mantener el barco a flote.

M. G. Selvym Edwards, de Newbury, que se interesa también por esta clase de velamen, tiene en construcción en estos momentos en los astilleros de Chiswick un barco de 40 pies de largo con el cual espera obtener resultados mucho más satisfactorios que los alcanzados hasta ahora.

\*\*\*

**Los domingos en Madrid. En la Fuente de la Teja, dibujo de Méndez Branga.** - Debemos a este notable y popular dibujante la representación de una de esas animadas escenas que se presencian frecuentemente en el sitio de las orillas del Manzanares conocido en Madrid con el nombre de Fuente de la Teja. Es el predilecto del pueblo para sus meriendas, partidas de campo y *juergas*, y como puede suponerse, allí se canta y baila a porfía a los sonos de la guitarra andaluza ó de la asturiana gaita. Una de estas movidas escenas es la que ha reproducido el Sr. Méndez Branga con la maestría que le es característica.

MISCELÁNEA

**Bellas Artes.** - LEIPZIG. - Acaban de publicarse por la casa Hofmeister algunas composiciones musicales de un joven músico mejicano, D. Ricardo Castro, entre las que figuran *Las lágrimas*, melodía para canto, editada por Wagner y Levien, en México.

PARÍS. - La liquidación de los diez conciertos organizados en la Opera arroja una pérdida de 150.000 francos, que según un

dictamen competente no se sabe si atribuirla a la abundancia de conciertos parisienses en los días festivos, ó a la preferencia del público por obras más claras y magistrales que algunas modernas, en las cuales es incapaz de discernir la belleza en el seno de lo incomprensible.

- Según la opinión de M. Henzey, de la Academia de Inscripciones, la escultura descubierta tiempo atrás en Elche y que publicamos en el número 825, no es la parte superior de una estatua destrozada, como algunos suponían, sino un verdadero busto, que constituya un monumento votivo y más probablemente funerario.

PAU. - La Sociedad de Amigos de las Artes celebrará la 34.ª exposición del 15 de enero próximo venidero al 15 de marzo siguiente.

**Teatros.** - En el teatro del Hofburg, de Viena, se ha representado con éxito extraordinario la traducción alemana de *El gran galeoto*, de Echegaray.

PARÍS. - En el teatro de la Opera se ha cantado por primera vez en Francia la ópera de Wagner *Los maestros cantores de Nuremberg*, con dudoso resultado.

En el Gimnasio se ha estrenado una comedia en tres actos de H. Malin, titulada *Medor*, que ha obtenido muy buen éxito.

También lo ha alcanzado la ópera cómica de espectáculo *Mam'zelle Quat' sous*, letra de Mars y Desvallières y música del conocido maestro Planquette, estrenada en el teatro de la Gaité.

Finalmente, en el de Variedades se ha puesto en escena una de esas revistas de fin de año a que tan aficionados son los parisienses, titulada *Paris qui marche*, la cual ha sido muy aplaudida, más que por su bondad literaria, por la suntuosidad de su aparato y lo lujoso de los trajes.

MADRID. - La compañía a cuyo frente figura la Sra. Tubau de Palencia ha estrenado en el teatro de la Princesa la comedia *Currita Alborno*, cuyo argumento está basado en el de la novela *Pequeñeces*, del P. Coloma. La obra, a pesar de la excelente ejecución que le ha cabido, en especial por parte de aquella notable actriz, no ha hecho más que pasar.

BARCELONA. - Ha dado principio en el gran teatro del Liceo la temporada lírica, poniéndose en escena la ópera de Verdi *Don Carlo*, hacia muchos años no cantada en dicho coliseo, y en la que han tomado parte las Sras. Bordalba, Borlinetto y Plontelli, y los Sres. Sigaldi, Kaschmann, Navarrini y Mazzara. La obra ha sido muy bien presentada y los artistas han obtenido aplausos, de los que ha participado el maestro Ferrari, que se distinguió dirigiendo la orquesta con su acostumbrado acierto.

En el teatro de Novedades se ha estrenado la traducción perfectamente hecha por nuestro colaborador el distinguido literato D. Juan Bautista Enseñat de la comedia francesa *Les deux gosses*, en español *Los dos pilletes*, puesta en escena con lujoso aparato y la cual ha obtenido un éxito extraordinario que augura gran número de representaciones.

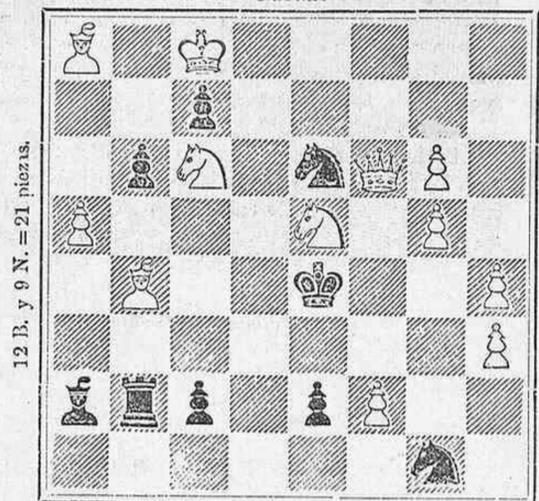
En el Principal se ha estrenado la comedia catalana *Lo senyor Balle*, escrita con el gracejo y el conocimiento de los efectos escénicos que tanto distinguen a su aplaudido autor D. Teodoro Baró, y que ha alcanzado merecidos aplausos, presagos de que esta obra, como todas las de tan inteligente escritor, quedará de repertorio en el teatro catalán.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 96, POR A. F. MACKENZIE (Jamaica)

Primer premio ex-aequo del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 95, POR V. MARÍN.

- |                    |                        |
|--------------------|------------------------|
| Blancas.           | Negras.                |
| 1. C4AR            | 1. PC toma T (*)       |
| 2. C3D             | 2. P toma C ó T toma D |
| 3. T4T ó A2C mate. |                        |

(\*) Si 1. PR toma T; 2. C3D, y 3. A mate; - 1. C3T; 2. T3T, y 3. C6D mate; - 1. C de 2 C6A juega; 2. T2AR, y 3. C6D mate.



Una procesión desembocaba en la plaza: era el acompañamiento de la madre Chantavoine, que la cofradía de la Caridad conducía al cementerio

## MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pronunciado este discurso, Fineuil respiró con fuerza y estiróse los puños de la camisa, mientras dirigía á Tranchebize miradas de indignación. Muchos aplaudieron, aturdidos por aquella elocuencia; mas habiendo gritado un partidario del doctor: «¡Qué farsantes!» Tranchebize sonrió, encogiéndose de hombros. En el mismo instante prodújose una reacción en su favor, y los gritos de: «¡A la calle! ¡Al

agua el reaccionario! ¡Abajo el vizconde y su espía!» resonaron con una violencia alarmante. Pero Fineuil no era hombre tan fácil de intimidar: viendo que la reunión se volvía contra él, comprendió que no se podía hacer ya más que una cosa: imposibilitarla. Había llevado consigo una veintena de individuos bien preparados; esto era más de lo necesario para

impedir que hablase quienquiera que fuese, y les dió la señal de alborotar, gritando: — El que ha dicho «¡Qué farsantes!» es un insolente, y si yo supiera quién es, le arrancarí las orejas. Tranchebize quiso hablar; pero sus palabras se perdieron en el tumulto, pues todo el auditorio estaba en pie, gritando y golpeando el suelo. Unos se injuriaban, otros reñían y muchos se desternillaban de

risa, haciendo ruido por el gusto de hacerle. Allí arriba comenzó otra vez el saqueo de los vasos de cerveza á pesar de los esfuerzos del Sr. Claquepont, que se mesaba los cabellos en su mostrador; y detrás de la mesa, frente á frente, Fineuil y Tranchebize se apostrofaban á porfía, el uno, fuera de sí, enfurecido; el otro, más sarcástico que nunca y divirtiéndose á más y mejor.

El doctor quiso mantenerse firme á pesar de todo y conseguir que se eligiera presidente; pero los amigos de Fineuil profirieron tales gritos que no hubo medio de oírle; la cólera de los partidarios de Tranchebize se acrecentó y los golpes comenzaron á menudear, mientras los más prudentes de ambos campos se esquivaban; de modo que la sala se vació lentamente en medio de las vociferaciones.

Entonces el doctor, comprendiendo que ya no había nada que hacer, volvió á sentarse sofocado de cólera, y Fineuil, después de hacerle un profundo saludo, fué á perderse entre la multitud, que ahora se estrujaba dirigiéndose hacia la puerta atropelladamente.

Una vez fuera, formáronse de nuevo grupos que discutían y peroraban. Fineuil, rodeado de los suyos, subió á un poste y comenzó á censurar despiadadamente á Tranchebize; pero como se produjese un remolino en la multitud, perdió el equilibrio y hubo de saltar al suelo. Un partidario del doctor ocupó su puesto y sufrió la misma suerte.

Sin embargo, Tranchebize, que había salido el último del Sol de Oro, vió á la multitud agrupada aún y excitada, y avanzó hasta el centro de la plaza, donde había un pozo; saltó al brocal, y con una mano se cogió á la armadura de hierro. Al verle en aquella posición dominante, sus partidarios afluyeron hacia él; Fineuil y sus compañeros trataron inútilmente de acercarse, pues fueron reconocidos y acosados por sus adversarios, que les pusieron en fuga. Al fin el doctor tuvo su reunión.

Entonces paseó en torno suyo una mirada de triunfo; nadie se movía; allí no estaban más que sus partidarios, y el enemigo, completamente derrotado, no había tenido tiempo aún para reponerse.

Tranchebize tosió, escupió en su pañuelo, y comenzó á decir:

— Ciudadanos...

En el mismo instante oyóse un sonido argentino de campanillas agitadas á compás; todos los oyentes de Tranchebize se volvieron de pronto, y el doctor se quedó con la boca abierta. Una procesión desembocaba en la plaza: era el acompañamiento de la madre Chantavoine, que la cofradía de la Caridad de Berneville conducía al cementerio de Varencieres, á la sepultura de la familia. Revestido de su dalmática de heraldo, de terciopelo negro, recamada de ricos bordados de oro, y cubierta la cabeza con un birrete adornado de estrellas de plata, el campanero avanzaba con solemne paso, agitando sucesivamente las campanillas que llevaba, una en cada mano; seguía detrás el estandarte de la cofradía, de terciopelo rojo, llevado por un hermano que á duras penas podía mantenerse contra el viento, haciendo brillar gloriosamente al sol la imagen de Nuestra Señora y la de San Sebastián atravesado de flechas; en pos iba el monaguillo, con sobrepelliz y bonete, apoyando sobre el pecho la cruz de plata con aureola de oro; después el ataúd, cubierto de un paño lleno de bordados, inscripciones y lágrimas de plata, conducido por cuatro hermanos que avanzaban pesadamente; mientras otro, el hermano más antiguo, con el birrete resplandeciente, presidía el duelo, escoltado á cada lado por los cuatro porta-hachas, el escribano, el preboste, los hermanos que debían relevar á los que llevaban el cadáver, los chantres, cuyos gorros rojos se destacaban sobre las blancas sobrepellices; y por último, el cura, seguido de dos monacillos y precediendo á la familia.

Todos los que en la plaza se encontraban habían abandonado á Tranchebize, y formaban dos filas al paso del cortejo; los hombres se descubrían; profundo y respetuoso silencio reinaba en la multitud tan ruidosa antes, y solamente se oían los cánticos sagrados con el acompañamiento cadencioso de las campanillas y el sordo rumor de los gruesos zapatos que pisaban el suelo pesadamente.

Detrás del cura iba Chantavoine, vistiendo su levita de las grandes solemnidades con cuello de terciopelo; en una mano llevaba el sombrero de copa, antiguo ya, y en la otra un pañuelo de cuadros, con el que se enjugaba los ojos. Cerca de él estaba Muterel, que seguía á su difunta suegra, con los ojos secos, molestado al parecer y visiblemente resentido, en su amor propio de libre pensador, por el cura y los chantres. De repente resonó un grito de la multitud, y oyóse decir: «¡Mira, ahí está el vizconde!»

En efecto, Santiago pasaba en medio de los amigos de la familia; y en un abrir y cerrar de ojos todo

el mundo repitió: «¡El vizconde está!» Y más de veinte ciudadanos se precipitaron hacia el centro de la plaza, donde Tranchebize había permanecido en su brocal, renegando del contratiempo.

— Pues el vizconde está ahí, le gritaron; no eran farsantes.

Muy pronto se formó un compacto grupo, porque todos querían ver á Santiago; faltó poco para que el cortejo quedase dividido, y con gran dificultad pudo seguir el grupo de mujeres, precedidas de Coralia, que lloriqueaba, y de Juanita.

Fineuil, que refugiado en una calle próxima acechaba los acontecimientos, volvió á la plaza y encaramóse otra vez en su poste.

— ¡Había dicho yo verdad, ciudadanos!, gritó. ¿Habéis visto pasar á esos adversarios políticos, que vuelven á ser momentáneamente amigos ante la muerte? ¿Era oportuno aprovecharse de una ausencia tan natural y hasta tan honrosa, para organizar una reunión á la que se sabía que no podría asistir un adversario temido justamente? ¿Qué dicen de sorpresas? ¡El ciudadano Tranchebize no podía extrañarse de nada; él es quien quería sorprender nuestra buena fe, arreglándose para estar solo, y fingiendo sentir que no hubiese nadie delante de él!

Apenas se hicieron algunas protestas contra aquel torrente de elocuencia; los aplausos las ahogaron, y la multitud que aclamaba un momento antes al doctor se volvió contra él hostil y casi amenazadora, repitiendo á cada instante: «¡Pero si está ahí el vizconde!» Tranchebize quiso explicarse y comenzó á gesticular, gritando que jamás había dicho lo contrario y que ignoraba la presencia de su competidor en el entierro; pero nadie le escuchó, pues la gente de Fineuil se mezclaba en los grupos, gritando á voz en cuello:

— ¡Es un tunante; ha querido celebrar su reunión en ausencia del otro!

Y muy pronto los apóstrofes y las pullas agobiaron al infortunado Tranchebize, que decidió marcharse; casi loco de cólera, perseguido por la voz de Fineuil, que decía:

— ¡Ya celebrará el vizconde otra reunión, y le tomará la vez; no tenga usted cuidado!

## XI

Dueño del campo de batalla, Fineuil no tardó en correr hacia el cementerio para dar cuenta de su triunfo al vizconde. En el camino se encontró el acompañamiento del entierro, que regresaba ya, cruzándose también con Chantavoine y Muterel; el primero llevaba encasquetado su sombrero de copa y parecía loco de dolor; el segundo iba con la cabeza alta, muy satisfecho de haber terminado su misión, y apresuraba el paso hacia la plaza á fin de obtener noticias acerca de la reunión electoral. Más lejos saludó á Coralia, escoltada de una guardia de matronas, que sudaban y bufaban bajo sus velos negros junto á Juanita; después vió un grupo de labradores de las cercanías, que peroraban con volubilidad, y por último divisó al vizconde, aislado y pensativo.

— ¡Ah, ya está usted aquí!, exclamó Santiago con aire de cansancio. Y bien, ¿qué hay de la reunión? ¿Es preciso ir?

— Inútil, señor vizconde, se ha disuelto.

— ¡Disuelto! ¿Y por quién?

— ¡Por mí! ¡He apagado á Tranchebize, soplándole como si fuese una vela! He demostrado que había querido aprovecharse de la ausencia de usted para hablar solo, y al fin no ha podido decir una palabra.

— ¡Ah!, exclamó Santiago con indiferencia.

— Hemos ganado el día; ahora es preciso batir el hierro mientras que está caliente, y organizar otra reunión; pero pronto, muy pronto.

— Tengo malas noticias que darle, Fineuil. Griffón nos vende.

Y entregó á Fineuil una carta, que éste leyó rápidamente, encogiéndose de hombros.

— ¿Y qué más?, preguntó después de haber terminado su lectura. ¿Qué prueba eso? El Sr. Duval, que le escribe así, es uno de los celosos partidarios de usted, no lo dudo; pero es un cándido.

— ¿Cómo así?

— ¡Ah, déjeme usted que me ría, señor vizconde! Ese buen señor se indigna de los ofrecimientos que Griffón acaba de hacer, según pretende, al doctor Tranchebize; pero esto es cosa corriente. Basta haber visto una vez á Griffón para conocerle al dedillo. Cuando está delante de usted ó de sus amigos se extasia sobre sus méritos y declara que usted es el único, el verdadero candidato; y un minuto después, si encuentra á Tranchebize, le hace zalamerías. ¿Qué quiere usted? Eso está en el orden de las cosas: los dos son ustedes sus clientes, y como estima que sus probabilidades son casi iguales, se mantiene

en equilibrio entre ustedes, como Blondín en la cuerda tirante, inclinando su balancín tan pronto hacia usted como hacia el doctor. ¡Esto no se llama hacer traición, qué diablo! Desconfía, y nada más.

— Pero no es menos cierto que no me hubiera presentado sin él; él fué quien fué á suplicar á mi padre, y quien me decidió á ocupar su puesto; mas desde que estoy en el país se me desliza entre los dedos. ¡No se le puede coger, y ahora se dice que trabaja contra mí!

— No, señor; no tanto como eso. Tan sólo se arregla para aclamar al elegido; pero en el fondo, tanto le da que sea Tranchebize como usted. Triunfe usted ó no, su diligencia en París le servirá para recomendarle al señor conde, lo cual no le impedirá lisonjear á Tranchebize, cerca del cual, mucho lo sospecho, habrá dado un paso semejante.

— Eso es precisamente lo que mi padre adivinó...

— Pues, ¿por qué se admira usted? ¡Es muy hábil ese Griffón, es muy hábil!

— ¿A eso llama usted habilidad? ¡Si es cierto, yo diría que es un canalla!

— ¡Oh, señor vizconde, esas son palabras muy duras! La importancia que usted atribuye al Sr. Griffón le hace demasiado severo para él.

— Desengáñese usted; es muy influyente.

— Pues entonces Griffón es un instrumento de que usted debe servir. ¡Esgrímale usted contra su adversario!

— Mi competidor le retiene demasiado bien...

— Eso no está probado. O me engaño mucho, ó la reunión de hoy, anulada gracias á mí, enfriará singularmente los sentimientos del notario respecto á Tranchebize.

— ¡Buena veleta es, pues, ese Griffón! Si gira así á todos los vientos, ¿cómo asegurarme de él?

— Combatiendo el inexplicable desaliento de que al parecer está usted poseído y que verdaderamente me aflige. Créame usted, señor vizconde, poniendo en fuga á Tranchebize le he dado muy buenas cartas; júguelas usted atrevidamente. ¡Adelante la reunión pública! Organícela usted para pasado mañana en el Sol de Oro, en el sitio mismo donde el otro acaba de fracasar. Su competidor no se atreverá á ir, y entonces acósele usted; preséntese resueltamente; y tenga usted audacia, más audacia, como decía Dantón.

— ¡Triste hombre era el tal Dantón, Sr. Fineuil!

— Es posible, pero tenía tupé; no se desconcertaba, y no se hubiera inquietado él por Griffón.

— Tal vez tenga usted razón; pero es preciso que reflexione, pues no me faltan motivos para creer que usted exagera mucho el efecto de esa reunión anulada. He recibido malos informes; mi situación electoral se complica.

— ¿Dónde le han dicho á usted eso, señor vizconde? No sé qué informes pueden haberle dado, pero los míos son excelentes. Veo que en todas partes inspira usted simpatías; personalmente y fuera de la política no tiene usted enemigos, y la gente del campo está á su favor. ¿Qué más desea para tener confianza?

— ¿La gente del campo? Desconfío muchísimo de ella.

— ¡Vamos!

— Mire usted, el mismo Chantavoine, á quien acabo de manifestar públicamente mi simpatía, me es hostil; tengo buenos motivos para creerlo.

— Podría ser; Chantavoine es suegro de Muterel.

— No es una razón...

— Dispense usted, lo es. Ya le dije que era preciso ablandar á Muterel; en vez de esto, le ha irritado usted, burlándose de él; y... ¡pardiez!, ha debido prevenir contra usted á su padre político con todas sus fuerzas, tanto más cuanto que, en mi opinión, le tiene dominado. Sin embargo, bien mirado, la desgracia no es irreparable, pues Chantavoine no es dueño del escrutinio.

— Y yo le digo á usted que si va contra mí, el efecto será deplorable, y le aseguro que, combatido por él y vendido por mi notario, voy derecho á la derrota. ¡Crea usted que si hubiese podido prever todos estos abandonos, todas estas cobardías, todos estos cálculos mezquinos, no habría venido!

Fineuil miró un momento al vizconde con aire de extremada compasión.

— Vamos, señor vizconde, replicó, con tono de ironía paternal, ¿va usted á perderlo todo cuando algunos esfuerzos le bastan para triunfar? Le he preparado en todas partes el terreno; basta sembrar un poco de elocuencia para obtener una elección magnífica; y sería verdaderamente deplorable quedarse en tan buen camino...

Y como Santiago no contestase, Fineuil añadió:

— Corro á la imprenta. Los carteles anunciando la reunión se pondrán en todas partes mañana á primera hora; esta misma tarde Tranchebize recibirá una

invitación personal para asistir; se avisará á todos nuestros amigos, ninguno de los cuales faltará; tendrá usted un auditorio perfecto, y yo le prometo un ruidoso triunfo.

— Una vez más le diré que me deje reflexionar, interrumpió Santiago; quiero ver hoy mismo á Chantavoine y á Griffón, y después resolveré. Aunque esa reunión no se celebre hasta dentro de tres días, el mal no será considerable. Aún nos queda una semana...

— Como usted guste, señor vizconde, dijo Fineuil con expresión de enojo. Si es así, voy á escribir por lo menos para el *Independiente* de mañana el informe acerca de la reunión que se acaba de celebrar, á fin de hacer público el descalabro que por mí ha sufrido el competidor de usted.

— Hágame usted el favor de no escribir nada antes de haber vuelto á verme. Dentro de dos horas estaré en Berneville; sírvase esperarme, y le comunicaré cuáles sean mis intenciones definitivas.

Hablando así había se llegado á la plaza: Fineuil se alejó á largos pasos sin replicar, poseído de un despecho que dió á conocer encogiéndose de hombros varias veces. El vizconde, pensativo y descontento de sí, despidió el coche, que le esperaba, y se paseó al azar por las calles de la población, que una vez apaciguado el tumulto habían recobrado su habitual aspecto triste y soñoliento.

XII

Desde su visita á Muterel, Santiago había reconocido que su entusiasmo y ardimiento disminuían de hora en hora. Una especie de disgusto invencible le dominaba poco á poco, y lejos de estar excitado por la especie de fiebre que se apodera de los hombres verdaderamente dados á la política, á medida que el instante decisivo se acerca, sentíase, por el contrario, desalentado y frío.

Había creído sinceramente ser de la madera del hombre político, y se lanzó adelante, un poco por deber y mucho por ambición. Inteligente, pero superficial, no había calculado las dificultades, ni previsto los sinsabores de la campaña; se aventuró, con una lealtad cándida y una confianza verdaderamente juvenil, en el dédalo de las intrigas, de las emboscadas y de los compromisos electorales; y á su ignorancia de los manejos de la política, una vez desvanecida, sucedía un horror profundo á la política misma.

¿Era aquello una elección? ¡Guerra de mentiras, cambio continuo de astucias y delaciones, desbordamiento de calumnias y de injurias recíprocas, hombres despreciables á quien se debía considerar y pagar, aliados siempre dispuestos á una traición!.. ¡Par diez, aquello era repugnante, y si hubiera sabido!..

Mientras hacía estas tristes reflexiones, vió de pronto, brillando sobre una puerta baja, la muestra del despacho de Griffón.

«Vamos, se dijo, quiero tener la conciencia limpia; es preciso que obligue á ese hombre de dos caras á explicarse claramente por lo menos una vez.»

Y entró en el despacho lleno de polvo, donde se veía un montón de papelotes. Dos escribientes, sentados uno frente á otro, garabateaban con la cabeza inclinada sobre su trabajo, separados por un montón de cartones; el meritorio, sentado ante una mesita, ensayábase vagamente en hacer letra bastardilla, y miraba las musarañas; el primer escribiente se esforzaba para dar á entender á una buena mujer recalcitrante que debía pagar algo, y el cajero, dominando á los asistentes desde una especie de púlpito que le separaba de los demás mortales, inscribía cifras cabalísticas en un gran libro.

— ¿El Sr. Griffón?, preguntó el vizconde.

— Está ocupado, contestó uno de los escribientes sin levantar la cabeza.

— Pues hágame usted el favor de pasarle mi tarjeta.

Pero el escribiente primero había reconocido al vizconde, y dejando un instante á la buena mujer, levantóse con aire apresurado y contrito.

— El Sr. Griffón ha salido, señor vizconde, dijo. Si quiere usted tomarse la molestia de volver á pasar dentro de una hora ó dos, seguramente habrá vuelto ya.

— Pero ese señor me ha dicho que su jefe estaba

esbelto y los reflejos ardientes de un lustroso cabello que cubría un sombrero negro de paja. Apresuró el paso, y la llamó.

— ¿Es usted, Juanita?

La joven se detuvo, volvióse confusa, y en un segundo el vizconde la alcanzó.

— ¿Cómo vuelve usted así tan sola?, dijo. Yo hubiera querido hablar á Chantavoine; pero apenas me fué posible estrecharle la mano.

— Mi tío Juan se ha quedado en el pueblo para evacuar algunos asuntos; irá á cenar á casa de su hija, pero yo me voy con el burro para ver mis vacas y preparar la sopa de esta noche.

Santiago miró tan fijamente á Juanita que la hizo ruborizar.

— ¡Conque ya es usted ama de casa, mi pobre Juanita! ¿Qué sería de su tío sin usted?

La joven comenzó á llorar.

— ¡Ah, exclamó, no somos afortunados en verdad, Sr. Santiago!

El vizconde frunció el ceño; no le agradaban las lágrimas, y á menudo se había burlado de la facilidad con que ciertas mujeres lloran.

— Sin duda, dijo, ha sufrido usted una gran desgracia; pero en fin...

— ¡Ah, si no fuera más que eso!

— ¿Pues qué más?, preguntó el vizconde, reprimiendo una sonrisa.

Juanita no contestó.

— No quisiera ser indiscreto, y los asuntos de usted no me conciernen; tan sólo le ruego que diga á Chantavoine que le acompaño sinceramente en su dolor, y que si en algo soy útil, puede contar conmigo.

— Lo sé muy bien,

Sr. Santiago, y mi tío Juan también. Le debe á usted el gran favor de haber honrado á su difunta.

— Eso no es nada; pero si tiene algún apuro del que yo pueda ayudarle á salir... En fin, le considero como un antiguo amigo..., y además, ya sabe usted que yo soy el primero que le pide un servicio. Supongo que ha reflexionado y que puedo contar con él. Contésteme usted francamente.

Por toda respuesta, Juanita comenzó á llorar de nuevo.

— ¿Y bien?, preguntó Santiago, á quien aquellas lágrimas irritaban.

— ¡Ah, si usted supiera, si usted supiera, Sr. Santiago!

— ¡Precisamente! Yo quisiera saber.

— Es que yo no quería decírselo á usted, añadió Juanita llorando con más fuerza.

— ¡Vamos, no sea usted tan reservada, y dígame al punto que Chantavoine no votará por mí!

— No puede hacerlo, Sr. Santiago. ¡Ah, pobre hombre, no es culpa suya! ¡No le guarde usted rencor por eso..., no puede!

— ¿Muterel?..

— Se ha puesto en su poder, y esto es aún peor de lo que yo temía. Ha firmado otro papel... y aunque yo quise impedirlo, no hubo medio. El Sr. Griffón y mi primo son los que han arreglado el negocio; á estas horas le tienen bajo su dominio; ya no es dueño de sus acciones, pues todo lo ha cedido á su yerno, y si no obedece, le dejarán en la agonía de la miseria...

— ¡Ah! Pero permítame usted, exclamó el vizconde; nosotros tenemos tal vez derecho para oponernos á semejantes manejos, pues Chantavoine es nuestro arrendatario y...

— ¡Oh! En cuanto á eso, se le pagará á usted, y ya puede estar tranquilo; no es usted quien se resentirá de lo que pasa.

— Es posible; pero en fin, usted dice que Chantavoine lo ha cedido todo á Muterel; y á mi padre puede y debe parecerle la cosa mal, pues si Chantavoine no tiene ya nada...



Chantavoine llevaba encasquetado su sombrero de copa y parecía loco de dolor

ocupado, y por lo tanto debo suponer que se halla aquí.

El primer escribiente dirigió una mirada furiosa al empleado que había cometido la torpeza.

— Se ha equivocado, replicó, pues el Sr. Griffón marchó esta mañana para Tourneville, donde se ocupa en la venta Labordette. Como ya he tenido el honor de manifestar á usted, no volverá hasta la noche; y sentirá mucho no haber estado aquí.

Santiago pensó en insistir; mas viendo que todas las plumas corrían otra vez sobre el papel, y oyendo la voz de la buena mujer que repetía: «Puesto que le digo que no le debo á usted nada absolutamente,» comprendió que no le abrirían el despacho notarial, y tirando su tarjeta sobre la mesa del escribiente mayor, salió refunfuñando.

«Fineuil tiene razón, pensó; Griffón prefiere no recibir mi visita, y teme comprometerse. Todo cuanto puedo esperar es que mi competidor le inspire los mismos temores y las mismas reservas. Ya veo tu juego, maese Griffón, y también veo que no es nada limpio.»

Santiago andaba absorto en sus reflexiones pesimistas, y seguía maquinalmente el camino de Berneville.

«¿Si yo le desenmascarase?, se preguntó. ¿Si en esa reunión que Fineuil me aconseja, diese á conocer el paso que ha dado cerca de mi padre y de mí?.. Sí, pero entonces, sería la guerra declarada. Todo el que da un mal paso puede negar, y él negaría. Me parece que le oigo hablar desde aquí: — ¿Cómo podéis creer, ciudadanos, que maese Griffón, el notario bien conocido por sus opiniones republicanas, haya sido capaz de pensar un momento en hacer pactos con un reaccionario?... — Y todos mis imbéciles aplaudirán. ¡No, decididamente, el remedio sería peor que la enfermedad! Es preciso guardarle consideraciones. ¡Vaya un oficio el de candidato!»

Razonando así, había salido de la ciudad y avanzaba por la campiña, hundiéndose á través de los trigos maduros. Delante de él, siguiendo el mismo camino, vió sentada en un vehículo, tirado por un asno que trotaba, una mujer á quien reconoció por su talle

— ¡Nada, nada absolutamente! Su ganado, su caballo, su cosecha, todo es del Sr. Muterel.

— Eso ya lo veremos. Voy a prevenir inmediatamente a mi padre; no creo que tolere semejantes operaciones, y debe tener derecho para impedir las.

El rostro lloroso de Juanita tomó una expresión de terror suplicante.

— ¡No haga usted eso, Sr. Santiago, por favor! Si se supiera que yo he dicho estas cosas, ¿qué sería de mí?

— No se inquiete usted por esto. El primo Muterel es un miserable, y el tío Chantavoine un viejo loco. Yo sabré confundir al primero, y este es el mejor medio de salvar al segundo.

— ¿Y qué será de mi tío Juan?

— ¡Pues no digo a usted que quiero salvarle!

— ¡Usted no le salvará, sino que le matará!

— ¡Vamos!

Juanita continuó con vehemencia:

— Usted no sabe que en este asunto todo es cuestión de dinero. ¡Ah, y si no hubiese más! ¿Ignora usted que mi tío ama a su Coralia? Si han de vivir mal juntos, el ser amigo de usted no le impedirá morir de pesar. Bien he visto lo que Muterel quería el día en que el ama murió, y no tardé mucho en decírselo a mi tío Juan; también lo vio él, y yo le induje a contestar a su yerno que rehusaba, que tenía buenos amos, y que no le apurarían ustedes porque el grano había trinchado sus trigos. Pero al día siguiente vino Coralia..., ¡ah!..., y el asunto quedó arreglado muy pronto; el buen hombre quedó convencido y dos horas después iban a casa del Sr. Griffón y se firmaba el papel. Mi tío ama a su hija más que ella a él. ¿Qué puede usted hacer en esto? No se domina la desgracia. Ahora que la jugada está hecha, lo mejor para él es no decir nada, y si usted es su amigo, no dirá palabra tampoco. Desde el momento en que se le pague a usted, esto no debe importarle, y si usted habla, darán tan mala vida a mi tío Juan, que todo cuanto usted pueda hacer no le salvará.

Santiago no se impacientaba ya al ver las lágrimas que corrían, más abundantes que nunca, por las mejillas de Juanita. Comprendía que se hallaba ante una gran desgracia debida al horror del presente y a la angustia del porvenir; y con voz severa al principio, pero que poco a poco se dulcificó hasta el enternecimiento, repuso:

— De modo, Juanita, que lo que usted me pide es lo siguiente: usted quiere que yo oculte a mi padre una estratagema que me parece atacable por todos conceptos y que puede perjudicar a sus intereses; usted quiere que no me ofenda al verme tratado como enemigo por Chantavoine, a quien tenía por fiel amigo; usted quiere que cierre los ojos, renunciando a sacar partido de la deslealtad de Muterel, y que vaya al encuentro de un descalabro que la hostilidad sincera ó forzosa de Chantavoine, explotada contra mí, hará casi inevitable. Mucho pedir es..., y sin embargo, comprendo que voy a ceder; no puedo resistir a sus ruegos, y además lo que usted me ha dicho me inspira compasión... Pero escúcheme bien: si más tarde echa usted de ver que se ha engañado, avíseme desde luego. El día en que se cansé usted de la vida que la impondrán, acuérdesese de mí, y tal vez haré pagar caro aún a ciertas personas el triunfo de hoy.

Juanita ya no lloraba; al contrario, sonreía, radiante de agradecimiento.

— ¡Entonces, Sr. Santiago, dijo, ya no tendrá usted mala voluntad a mi tío Juan?

— No se lo prometo en absoluto: Chantavoine es un torpe que, mucho lo temo, expiará cruelmente la necesidad que ha cometido, y que entretanto, me juega una mala partida.

— ¡Yo se lo ruego, Sr. Santiago!

— ¿Lo quiere usted así? ¡Pues bien, sea, le perdono por usted!

Durante algún tiempo caminaron uno junto a otro sin hablar, y después, como llegasen a una encrucijada desde donde cada cual debía ir por distinto camino, el vizconde dijo:

— Adiós, Juanita. Es probable que no vuelva a verme hasta de aquí a mucho tiempo, pues ahora no tengo ya nada que hacer en casa de ese pobre Chantavoine, a quien han convertido en enemigo mío. Recuerde solamente lo que le he dicho, y en caso necesario avíseme, escríbame usted.

— Adiós, Sr. Santiago, balbuceó Juanita.

### XIII

Al día siguiente, el vizconde de Berneville, encerrado en su gabinete, escribía una carta. Por la gran ventana abierta penetraba un cálido rayo de sol, y con él una ligera brisa impregnada de los aromas matinales y del rumor de los cantos de las avechillas.

Santiago parecía feliz; sonreía, y su pluma se des-

lizaba rápida y resuelta sobre el papel, fijando con alegre celeridad el vuelo incesante de sus pensamientos. Larga era la carta; no le faltaría a su novia qué leer..., y a medida que las páginas se sucedían, el indecible reposo de espíritu que se sigue a las resoluciones honradas comunicaba a la mano del vizconde más seguridad y a su rostro mayor contento. Muy pronto habló mientras escribía, dictándose la carta en alta voz.

«No, Berta, no más esposa de un diputado; mi derrota, probable ayer, es hoy cierta; Griffón me vende; Chantavoine debe declararse contra mí, y me veo privado de los servicios de Fineuil.

«¡Ah, Berta, cuando sepas lo que es una lucha electoral, cómo aprobarás mi conducta! Me parece salir de una mala pesadilla, y haber escapado de una tempestad de cieno en la que creía perder mi conciencia y mi honor.

«En un principio me mantuve firme, porque deseaba triunfar; la ambición que por mí sentías se me había comunicado, y también el deseo de ser útil, de sacrificarme, de arrancar a mi país de la explotación de un partido nefasto, y proclamar en la lucha política la unión de la honradez con el buen sentido.

«Reuní a los que se titulan amigos míos, creyendo encontrar en ellos partidarios firmes; y he visto hombres temblorosos, indecisos, ó que se hacían violencia para prestar un auxilio comprometedor. He contado mis enemigos, y su odio me ha parecido superficial, basado, no en razones, sino en cálculos, y subordinado a las probabilidades de éxito de mi competidor. Ni en ellos ni en los otros hallé una voluntad firme, una fe sincera; y bajo estos amigos y enemigos, envolviéndolos y zarandéandolos confusamente en el impalpable remolino de sus agitadas olas, se me apareció un mar inmenso, un océano de indiferencia y de inercia, dispuesto a soportar con igual paciencia las teorías y las pasiones del vencedor, cualquiera que fuese, y de hundir con la misma frialdad las ideas y la persona del vencido. ¿Era esto lo que yo esperaba encontrar, yo que me proponía marchar en la política como en el combate, con la espada al aire y las banderas desplegadas, seguido de valientes que me amasen y me comprendieran, contra un enemigo leal y convencido? Sin embargo, no me desanimé. Fineuil me seducía con su ingenio, tranquilizábame con su experiencia y me divertía con su actividad optimista é infatigable. Yo había resuelto dejarle hacer, comprendiendo que en materia de polémicas y de astucias era mi maestro, y tranquilizado además moralmente, en un principio, por la odiosa campaña de calumnias y mentiras que mi adversario comenzaba contra mí; pero no había contado con mi honradez natural, con ese sentimiento más fuerte que todos los cálculos y que detiene bruscamente a ciertos hombres como si una voz imperiosa les gritase: «¡Tú no puedes hacer eso!»

«Al leer en los diarios de Tranchebize las injurias con que me agobiaban y los cuentos que se inventaban contra mí, al ver mi familia y mi nombre arrastrados por el fango, experimenté una repugnancia violenta; y las contestaciones y contraataques de Fineuil en los diarios que me hizo comprar, no sirvieron más que para aumentar mi asco. Porque en esas luchas, cuyo grado de suciedad excede a cuanto puede imaginarse, se injurian arrojando puñados de dinero; se compran hombres para insultar, se pagan pagueiristas, se reclutan individuos para silbar ó aplaudir, y si se quiere vencer en eso que ellos llaman reuniones públicas, basta llenar la sala a gusto propio fijando el precio.

«A pesar de todo, hubiera seguido adelante; pero los informes que de todas partes me llegaban acabaron por poner el colmo a mi repugnancia. Solicitaban de mí compromisos, promesas; y se quería hacerme pagar auxilios dudosos é influencias problemáticas con actos ó escritos que me hubieran sublevado. Al mismo tiempo me atacaban por todas partes, y como yo vacilaba, a pesar de los consejos de Fineuil, en combatir enérgicamente a mis adversarios en ese terreno de calumnias y delaciones, comprendí que ganaban terreno, y que en semejantes luchas no era yo buen competidor.

«La traición de Griffón, que desde que estoy aquí se oculta para no verme y cuya hostilidad aumenta en proporción al éxito de los manejos de mi adversario, y la certidumbre de que nuestro arrendatario Chantavoine, cuya influencia es poderosa sobre los electores rurales, se propone combatirme también, han hecho desbordar la copa. En su consecuencia resolví salir del avispero; envié a buscar a Fineuil, y sin querer dar importancia al triunfo que pretendía haber alcanzado en una reunión organizada por Tranchebize, le expresé mi intención absoluta de no hacer ya nada hasta el día del escrutinio. Este Fineuil, mirándome con desdén, é irritado además de que yo

no apreciara lo bastante sus servicios, me habló con un tono que me disgustó, así es que le pagué y despedí anoche. Creo que hoy recorre el distrito, trabajando para Tranchebize.

«El resultado no me parece dudoso, y sin embargo, no me retiraré; mi nombre quedará en las paredes, y junto a él mi alocución, en la cual expongo lo que yo quiero y pienso. Si los indiferentes, los pasivos, más ó menos avergonzados, que constituyen hoy la inmensa mayoría electoral, quisieran salir de su letargo, yo sería elegido seguramente; pero no se debe contar con semejante milagro. Fracasaré, pues; pero no me habré manchado, y si no eres esposa de un representante de la nación, serás por lo menos la de un hombre honrado.»

Ocho días después los electores justificaban estas previsiones. El doctor Tranchebize marchaba triunfante al Palacio Borbón, y el vizconde volvía a París sin pensar más que en su casamiento.

## CUADRO TERCERO

### LA MUERTE DEL ANCIANO

#### I

Hacía calor, y el coche de Muterel levantaba a su paso un polvo blanco que ascendía iluminado por el sol como una nube plateada. Muterel había dado la vuelta por sus tierras de Varenchères; la recolección tocaba a su fin, faltando tan sólo atar algunos haces para darla por terminada; y volvía satisfecho del trigo, que le parecía muy granado, y de las avenas, que se habían nutrido con la lluvia... Llegó a la puerta de su casa al trote largo, é hizo restallar su látigo para llamar al mozo, el cual acudió a coger el caballo. Muterel dirigióse hacia la cocina sacudiéndose el polvo.

Allí encontró a Coralia explicando a la criada cómo debía preparar una espalda de ternera que delante de sí tenía. Sobre la mesa veíanse algunas cartas y diarios; Muterel se apoderó de ellos, y muy pronto profirió una exclamación que estremeció a Coralia, interrumpiendo sus explicaciones culinarias.

— ¡Vaya una manera de asustar a la gente!, exclamó con acritud.

— ¡Interesante noticia!, dijo Muterel sin cuidarse del descontento de su esposa.

— ¿Qué ocurre ahora?

— Me escriben de París que Tranchebize se muere.

— ¡Ah!

— Tú dices «¡ah!» como si no te importase nada; pero a mí me importa mucho.

— ¡Ah!

— ¡Siempre «¡ah!» ¡Dios mío, no es poca desgracia tener una mujer estúpida! ¿No recuerdas, pues, que Tranchebize es diputado?

— Seguramente que lo recuerdo.

— ¡Pues entonces! ¿No te importa nada saber que se va? No lo comprendes, ¿eh? ¡Vamos, ocúpate de tu guisado, que no sirves más que para eso! Si acaso preguntan por mí, dirás que he ido a los Muriaux.

Y Muterel salió de prisa, dirigiendo a Coralia, roja de cólera, una mirada de desdenosa superioridad.

Se dirigió a las cuerdas como para tomar otra vez su vehículo; pero cambió de parecer. Experimentaba la necesidad de hacer bruscos movimientos para dar libre curso a su alegría, y andaba haciendo con el bastón molinetes triunfantes; mientras su sombrero de paja, echado hacia atrás, dejaba del todo descubierta su abultado rostro, radiante de alegría.

Y efectivamente, Muterel tenía motivos para estar contento. Desde que Tranchebize era diputado, hacía dos años, no había dejado nunca de estar enfermo, y el alcalde de Varenchères se había aprovechado de ello para hacerse necesario, erigiéndose en agente principal é indispensable del doctor. Su influencia se había acrecentado de día en día, llegando a ser tanto más poderosa cuanto que la de los Berneville parecía completamente anulada.

El conde había muerto poco después del casamiento de su hijo; desde entonces, el castillo no fué habitado más que durante dos meses en la época de la caza, pues a la condesa no le agradaba el campo, y Santiago, completamente disgustado de la política, parecía conservar rencor al país. Durante el luto, había hecho un largo viaje con su esposa, y si bien fué a Berneville al año siguiente para cazar, lo cierto es que volvió a París sin haber visitado a nadie. Además, los Berneville habían roto definitivamente sus relaciones con Griffón, que hasta entonces había sido, no solamente el notario, sino también el agente de negocios de la familia; su conducta, más que torpe en la cuestión de las elecciones, produjo un choque, y la condesa confió sus intereses a un intendente.

(Continuará)

ELLAS,  
dibujo original de  
M. GREIFFENHAGEN

Es este artista uno de los pintores y dibujantes de Inglaterra que puede vanagloriarse de haber adquirido por sí solo los conocimientos en el arte que tan apreciado le hacen en su país. Comenzó por copiar los mármoles del Museo Británico, estudiándolos sin auxilio ajeno: ingresó luego en la escuela de la Real Academia, donde se perfeccionó y al poco tiempo lanzóse ya a pintar cuadros que le dieron algún crédito. Aunque no ha descuidado la pintura histórica, dedícase con preferencia á los retratos y á la ilustración de diferentes obras, entre otras la titulada *Ellas*, por Rider Haggard, de cuyos dibujos es una muestra el que insertamos adjunto, *Cleopatra*, *La Hija de Motezuma*, *La mujer de Allan*, etc. Sus aptitudes para el género llamado «blanco y negro» son tales, que hacen que sus trabajos sean muy solicitados por los editores de periódicos ilustrados. Entre sus cuadros, uno de los mejores es el titulado *Ophelia*, que se conserva en la galería artística Walker de Liverpool.



Ellas, dibujo original de Mauricio Greiffenhagen

Mariano Pedrero, que revela en sus dibujos buen gusto, habilidad y conocimiento exacto de los tipos tan admirablemente retratados por Pereda, verdaderamente copiados del natural. Es un nuevo aspecto artístico el que nos ofrece el Sr. Pedrero, y confesamos con satisfacción que el distinguido artista montañés ha dado un gran paso, alcanzando lugar preferente entre los pintores y dibujantes que en nuestro país, por desgracia en escaso número, se dedican con lucimiento y acierto á interpretar plásticamente las producciones literarias.

LIBROS

TIPOS TRASHUMANTES, por José M. de Pereda, ilustraciones de Mariano Pedrero. - Conocida de todos los amantes de las letras patrias la hermosa obra del meritisimo novelador montañés, poco hemos de decir acerca de su valía, pues hállase generalmente reconocida, recomendando únicamente su lectura á aquellos que no la conozcan. La nueva edición que acaba de publicarse ofrece la novedad de hallarse profusa y artísticamente ilustrada por nuestro buen amigo y colaborador don

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 EVITAN DOLORES, RETARDOS  
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 DISPONEN CASI INSTANTANEAMENTE LOS ACCESOS DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALDESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTACION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTACION  
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PILDORAS Y JARABE de BLANCARD**  
 con Ioduro de Hierro inalterable  
 CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Oplacion, la Escrófula, etc.  
 Exíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.  
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr.25; JARABE, 3 fr.

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**P. MÈRE DE CHANTILLY**  
 ORLÈANS - FRANCE  
**UNGUENTO ROJO MÈRE**  
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS Cojeras - Alcance - Esquinces - Agrionas - Infiltraciones y Derrames articulares - Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes  
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.  
**BLACK MIXTURE MÈRE**  
 BALSAMO CICATRIZANTE  
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.  
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito  
 Et mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.  
**Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>o</sup>d de F<sup>o</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>o</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causicio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**SALUD DE LAS SEÑORAS**  
**APIOLINA CHAPOTEAUT**  
 La Apiolina Chapoteaut que no debe confundirse con el apiol, es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las epocas, y comprometen á menudo la salud de las señoras.  
 Depósito en Paris, 8, Rue Vivienne

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos y Cigarrillos  
 Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION  
**ASMA**  
 y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.  
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.  
 J. HARRÉ y C<sup>o</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>r</sup> FRANCK**  
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.  
 (Rotulo adjunto en 4 colores)  
 PARIS: Farmacia LEROY  
 Y en todas las Farmacias.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

**ROB BOUYEAU LAFFECTEUR**  
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal  
 Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES  
 Acridud de la Sangre, Herpetismo, Acre y Dermatosis.  
 CH. FAVROT y C<sup>o</sup>, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.  
 El Mismo con IODURO DE POTASIO  
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

**CEREBRINA**  
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS  
 Suprime los Cólicos periódicos  
 E. FOURNIER Farm<sup>o</sup> 114, Rue de Provence, en PARIS  
 LA MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
 Desconfiar de las Imitaciones.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEER**  
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplécese el **FILIVORE, DUSSEER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris



Recuerdo de Madrid, dibujo inédito del malogrado Perea

**CARRERAS-CAZA**  
**EMBROCAÇÃO MÉRÉ** de Chantilly  
**INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR**  
**LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS**  
**FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS**

Frasco 5 fr. en París  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 GANDES et Co. B<sup>te</sup> St-Denis 16

**VINO AROUD**  
**MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.**  
 DOS FÓRMULAS:  
**I - CARNE - QUINA**  
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.  
**II - CARNE-QUINA-HIERRO**  
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.  
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.  
**CH. FAVROT y C<sup>a</sup>**, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS**  
**PATERSON**  
 en BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, 12b, DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemetisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**AVISO Á LAS SENORAS**  
**EL ANIOL DE LOS DRES**  
**JORET-HOMOLLE**  
 CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**  
**FA<sup>ca</sup> BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS**  
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
**PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>r</sup> CORVISART, EN 1856**  
 Medallas en las Exposiciones internacionales de  
**PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**CASTRITIS - CASTRALCIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
 y en las principales farmacias.

**SIMIENTE DE LINO TARIN**  
 Preparado especial para combatir con suceso  
 Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).  
 Una cucharacita por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche  
 La Cajita : 1 fr. 30  
**POMADA FONTAINE**  
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eozema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.  
 El Boto : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.  
**JABON FONTAINE** Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE  
 La Bola : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.  
**TARIN, Farmaceutico de 1<sup>a</sup> Class, ex-interno de los Hospitales PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias**

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Depósito en todas las Farmacias  
 PARIS, 31, Rue de Seine.

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECOHO y de los INTESTINOS.

**UNGUENTO ROJO MÉRÉ**  
 DE CHANTILLY  
**CURACION SIN TRAZAS**  
**DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS**  
**FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS**